

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Valladolid



**La Italia imperial, ‘¿realidad de mañana?’: *Roma y la ‘Romanità’ en los discursos de Benito Mussolini anteriores a la proclamación del Imperio (1915-1933)***

Trabajo de Fin de Grado

Grado en Estudios Clásicos

Julio 2017

Autor: Fernando Rodríguez Martínez

Director: Dr. Pedro Conde Parrado

Departamento de Filología Clásica

Área de Filología Latina



## ÍNDICE

Resumen.....	
Introducción.....	2
Autores latinos.....	4
<i>Necesse navigare, vivere non neccese est: el mare nostrum</i> .....	9
Caporetto y Cannas.....	16
Los italianoss, herederos de los romanos.....	21
Los bárbaros, enemigos de Italia.....	24
Italia y Roma: la idealización de la <i>romanità</i> fascista.....	26
La <i>romanità</i> en el urbanismo fascista.....	37
La <i>romanità</i> en el pensamiento y la religión fascistas.....	42
Conclusiones.....	51
Bibliografía.....	54

## **Resumen**

Este TFG es un trabajo de análisis sobre cómo influyó la Antigua Roma en la figura de Benito Mussolini y en el fascismo italiano el primer tercio del s. XX. Se trata de un trabajo de recopilación y estudio de los discursos, meras alocuciones y artículos que pronunció o escribió Mussolini desde la época en la que dirigía el periódico *Il Popolo d'Italia* hasta la mitad de su gobierno fascista (1915-1933) con el objetivo de analizar y explicar cómo *il Duce* utilizaba en ellos constantemente la figura de la Roma clásica para defender los ideales del fascismo.

Palabras clave: Benito Mussolini, Antigua Roma, s. XX, Fascismo, discursos.

## **Abstract**

This final assignment is a project based on an analysis of the influence of Ancient Rome on the figure of Benito Mussolini and on Italian fascism in the first third of the twentieth century. It deals with a compilation and a study of the speeches, mere elocutions and articles that Mussolini stated and wrote from the age when he directed the newspaper *Il Popolo d'Italia* until half way through his fascist mandate (1915-1933) with the aim of analyzing and explaining how *il Duce* used constantly in his speeches the figure of the classic Rome to defend the ideals of fascism.

Key words: Benito Mussolini, Ancient Rome, s. XX, Fascism, speeches.

## Introducción

En este Trabajo de Fin de Grado me propongo hacer un análisis sobre cuánto y cómo influyó el legado de Roma en la Italia mussoliniana. Desde el principio he tenido claro que quería hacer un trabajo de investigación relacionado con Roma desde el punto de vista histórico. Me apasiona la historia y las partes de la historia que siempre me han interesado más son la Roma antigua y la primera mitad del s. XX. Por ello se me ocurrió la idea de hacer un trabajo que conectara ambas épocas. Mi principal objetivo es hacer ver que Roma sigue muy presente en la historia contemporánea, que no es solo un imperio que gobernó el mundo hace más de 1.500 años sino que ha seguido siendo ejemplo y modelo para algunos de los personajes más importantes de la historia de Europa como es el caso de Mussolini y su fascismo. Tengo también como objetivo mostrar la estrecha relación que Mussolini pretendía establecer con la figura de Augusto, intentando emular muchos aspectos de su política ya que Mussolini no pretendía realmente que su Italia fascista se pareciera a Roma, sino que fuera la continuación de la Roma que creó Augusto. De este modo, mi Trabajo de Fin de Grado pretende ser una investigación comparativa no sólo entre Roma y la Italia mussoliniana sino también entre el propio Mussolini y algunas de los más importantes personajes de Roma como Augusto o César. En este trabajo no me detendré solo en analizar el legado de Roma en el fascismo italiano sino que no se puede entender el origen y gobierno de Mussolini sin el nazismo y, por tanto, también haré hincapié en la importancia que tendrá Roma para Hitler y su III Reich.

Al ser un trabajo que puede abarcar muchos puntos de vista, mi tutor Pedro Conde y yo hemos decidido dedicarnos a rastrear en los discursos pronunciados por Mussolini las menciones de la antigua Roma y a partir de ahí llevar a cabo un análisis: para su realización nos hemos basado en los 8 volúmenes de que consta la obra Benito, MUSSOLINI *Escritos y discursos* (trad. de Francisco Hostench y Enrique Massaguer), Bosch, Barcelona, 1935. Por ello mi TFG es, en primera instancia, un trabajo de recopilación, ya que he buscado en los discursos políticos de Mussolini las menciones que hace de Roma. Sin embargo, no hemos llegado a abarcar todo el gobierno de Mussolini, ya que la bibliografía en la que nos hemos basado recoge tan solo los discursos pronunciados por *il Duce* hasta 1933. Aun así, los casi veinte años de discursos analizados son más que suficientes para ver la importancia de la *Roma aeterna* en la ideología de Mussolini.

El desarrollo del trabajo podía haber seguido dos direcciones: o un análisis de los discursos desde el punto de vista cronológico o desde el punto de vista del contenido. Finalmente hemos decidido abordarlo basándonos en el contenido, dividiendo así los apartados del trabajo según los asuntos que más aparecen a lo largo de los discursos de Mussolini. Se ha decidido esto porque no se puede vislumbrar una evolución en el ideario del *Duce* respecto a la Roma clásica a lo largo de los años, sino que puede afirmarse que continúa con las mismas ideas durante los casi veinte años de escritos y discursos que he analizado. Por ello, hemos entendido que sería más práctico seguir un sistema basado en el contenido y no en la cronología.

Para acabar con esta breve introducción, quiero agradecer a mi familia y amigos por estos cuatro intensos años de Universidad en los que, a pesar de las dificultades personales y económicas, ellos han seguido apoyándome en todo lo que han podido para que pudiera sacar adelante mis objetivos. También agradecer a mi tutor Pedro Conde que aceptara este tema para el trabajo a pesar de no ser uno de los preseleccionados en el listado y su apoyo constante durante la elaboración del mismo.

## **Autores latinos**

A lo largo de los discursos analizados, Benito Mussolini utiliza citas de autores latinos para expresar sus ideas en una gran cantidad de ocasiones. No solo citas, sino que, como el notable romanista que es, su manera de escribir y pensar se ven fuertemente influidos por los autores latinos que lee y conoce. Luciano Canfora, en su célebre e imprescindible *Ideologías de los estudios clásicos* (1991: 72) destaca que “el ‘duce’ daba conferencias de historia de Roma”, lo que demuestra su gran conocimiento sobre la historia de Roma y, por supuesto, sobre su literatura y sus autores.

La primera mención que encontramos de un autor latino es de César (vol. I, pág. 13). En esta mención Mussolini emplea el famoso *alea iacta est*<sup>1</sup> (“la suerte está echada”) que se supone pronunció César antes de cruzar el Rubicón y declararse en rebeldía contra el Estado romano, lo que daría inicio a la guerra civil contra Pompeyo. Lo hace el futuro *Duce* antes de que Italia entrara en la Gran Guerra<sup>2</sup> y su uso puede tener dos significados: por un lado, expresaría la necesidad de que Italia participara en la guerra (que es el simbolismo más lógico), pero, por otro lado, puede ser también una identificación personal de Mussolini con César, ya que puede estar aludiendo a que la participación en la guerra puede provocar en la propia Italia una guerra civil, debido a que había una gran tensión entre los partidarios de la neutralidad y los intervencionistas. Sea como fuere, es un claro guiño a César, uno de los más importantes personajes antiguos entre los que deseaba emular. Es más, como señala el citado Canfora (1991: 83), el fascismo estableció una clara analogía entre la llegada al poder del fascismo gracias a la marcha sobre Roma y la de Sila, César y, por supuesto, Augusto. Tanto es así que aparecen expresiones en su literatura que mucho tienen que ver con el dictador romano. En la página 293 del volumen I, Mussolini se expresa de la siguiente manera: “convenció, conmovió, arrastró”. En esta oración se refiere a Filippo Corridoni, socialista revolucionario e intervencionista al que Mussolini respeta como uno de los suyos. El uso de la yuxtaposición de esta manera recuerda al *veni, vidi, vici* que Julio César pronunció, según nos cuenta Suetonio (*Jul.* 37), en su victoria contra Farnaces II del Ponto en el 47 a. C. en la batalla de Zela. También usa una de las máximas latinas atribuidas a César pero que es apócrifa: *divide et impera* (vol. II, pág. 102). No hay constancia de que realmente fuera pronunciada esta frase por él, pero de nuevo vemos la fuerte influencia que César ejerció sobre Mussolini y su forma de expresarse. Una de las partes en las que más observamos esa influencia en su literatura, es en su “Diario de guerra”<sup>3</sup>. Esta crónica que escribe sobre su participación en la Gran Guerra está

---

<sup>1</sup> César decidió cruzar el Rubicón, arroyo que marcaba la frontera entre la Galia e Italia. Esta frase nos la han transmitido los historiadores antiguos Plutarco y Suetonio, y según estos, fue pronunciada por el militar y político romano justo antes de mandar a sus tropas pasar el pequeño río hacia Italia.

<sup>2</sup> Se ha decidido emplear siempre “Gran Guerra” para referirse a la Primera Guerra Mundial ya que es el nombre que recibió antes del estallido de la Segunda, y como los discursos analizados son todos anteriores al inicio de esta, podría considerarse incluso un anacronismo hablar de este enfrentamiento de otra manera que no sea “Gran Guerra”.

<sup>3</sup> Benito Mussolini fue llamado a filas el 31 de agosto de 1915 y enviado al frente el 2 de septiembre (vol. I, pág. 51). Perteneció al 11º de Bersaglieri, en el que vivió la guerra dentro de las trincheras en el frente noreste, junto a la frontera de la actual Austria. Su participación en el enfrentamiento terminó en marzo de 1917 cuando fue herido por un fallo en el lanzabombas que él mismo estaba usando (vol. I, pág. 257).

claramente influenciada por César ya que además de ser uno de los hombres a los que más alaba en los distintos discursos y escritos, es también el autor de dos de los más importantes diarios de guerra de la literatura universal: *De bello Gallico* y *De bello civile*. Un ejemplo es que César comienza casi todos sus relatos usando el ablativo absoluto mientras que Mussolini utiliza una fórmula parecida, no empieza con una estructura similar en cada crónica diaria, pero sí, en casi todas ellas, nos cuenta primero qué clima hace<sup>4</sup>.

También es de destacar cómo Mussolini emplea la figura del historiador Tácito para la defensa de sus idearios e incluso para su propia literatura. De nuevo observamos esto en el “Diario de guerra”. En la redacción de este, utiliza frases muy cortas y sintéticas, lo que se parece enormemente al estilo literario que tiene Tácito en sus obras *Historia* (*Hist. L. I, 10; Hist. L. III, 1*) y *Annales* (*An. L. I, 1; An. L. XVI, 18*). Esta idea se ve reforzada con lo que dice el propio Mussolini en otro de sus discursos en 1932: “podría ser mi discurso de una brevedad digna de Tácito, limitándome a demostraros mi simpatía; pero quedarías, creo, algo desilusionados” (vol. VIII, pág. 17). A pesar de que estas palabras las pronuncia casi quince años después de la Gran Guerra, sirven para apoyar la idea de que Mussolini pudiera haberse visto influido en su forma de escribir por Tácito, al menos en lo que atañe al mencionado diario de campaña. Aquí decide extenderse más para que sus oyentes “no queden desilusionados”, pero en el diario, Mussolini ejerce de historiador y parece entender que debe contar lo que le sucede cada día con la mayor brevedad posible, por lo que podría haberse basado en Tácito para conseguirlo. Por otro lado, antes de que Hitler apareciera reivindicándolo para defender la pureza de la raza alemana, Mussolini en 1915 hace mención a lo que el historiador romano dice de los germanos. Usa dos fragmentos de su obra; por un lado, toma de la *Germania* las siguientes líneas: “vivían los germanos no formando aldeas ni poblados, sino en habitaciones separadas, mediando entre unas y otras gran espacio para mejor defenderse del fuego. Para preservarse del frío solían habitar en locales subterráneos cubiertos con un estercolero, o se vestían con las pieles de animales pequeños que poseían en gran número. Fuertes en la guerra, pero además bebedores y jugadores obstinados, armados de astas, bien provistos de caballos preferían adquirir cuanto necesitaban, con la fuerza, que con el trabajo de sus tierras” (*Germ. 16, 2-3*). Con esta cita de Tácito (vol. I, pág. 346) lo que busca *il Duce* es ensalzar el hecho de que los alemanes no han modificado su raza y que si consiguen ganar la Gran Guerra llevarán a Europa al desastre. Usa una descripción bárbara de la raza germana destacando sus costumbres rudas y poco culturizadas con el fin de que se considere a los alemanes como gente poco de fiar. Para reafirmar esta idea, acaba esta misma página con una cita del *Agrícola* de Tácito: “al contrario de los britanos, que combatían por la defensa de la patria y la familia, los germanos luchaban por avaricia y lujuria”. Mussolini dice que estas palabras de Tácito “trascurridos diecinueve siglos, tienen igual valor”. De esta manera, Mussolini establece una diferencia entre un importante miembro de la Entente, Gran Bretaña, y el gran enemigo a batir, Alemania. Así muestra que la causa que ellos

---

<sup>4</sup> 1º de octubre de 1915 (vol. I, pág. 107); 25 de febrero de 1916 (vol. I, pág. 165); 3 de abril de 1916 (vol. I, pág. 179).



defienden es justa mientras que la de su enemigo no lo es. Con todo esto, podemos sacar en claro que Mussolini se sirve nuevamente de un autor romano para exponer sus ideas: utiliza a Tácito para atacar a los alemanes cuando este mismo autor será posteriormente ensalzado por el futuro aliado de Mussolini, Hitler, ya que el Führer tomará de la *Germania* muchos fragmentos para exaltar la raza aria y germana.

Sin duda hay un autor latino que Mussolini y el régimen fascista exaltan por encima del resto: Virgilio. Es necesario destacar la importancia que tuvo este poeta para el nuevo régimen. Canfora (1991: 97) apunta como “el régimen fascista utilizó en 1930 el bimilenario de Virgilio para el relanzamiento del ‘ruralismo’, sobre todo con las *Geórgicas virgilianas*”. Indica también que “el uso fascista de la *Eneida* será obsesivo y empalagoso” (1991: 98). Esta última idea se ve claramente en los discursos de Mussolini, pues son varias sus menciones a Virgilio y su gran obra épica. La primera cita de Virgilio que utiliza es *exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor* (“¡Surja de nuestros huesos un vengador!”: *En.* IV, 625; vol. I, pág. 211). Mussolini refleja en su diario de guerra que, visitando un cementerio italo-húngaro, vio esta cita en la puerta. Más adelante, en un discurso, utiliza de nuevo una cita de Virgilio: *imperium oceano, famam qui terminet astris* (“que termine el Imperio en el océano, que su fama termine en las estrellas”: *En.* I, 287; vol. II, pág. 157). Mussolini cita este verso de Virgilio con el deseo de que los italianos puedan volver a entonarlo en la Italia que está por venir. Esta cita también hace clara referencia a las inspiraciones imperialistas que tiene el régimen fascista y a su anhelo de convertir de nuevo el Mediterráneo en el mar de Italia. También se observa claramente la importancia que Virgilio tiene para el fascismo italiano en el discurso que Mussolini pronuncia en Mantua en 1925: “ahora recibid mi saludo, oh mantuanos, hijos de esta tierra que en la Edad antigua dio el ser al poeta del imperio” (vol. V, pág. 167). Mussolini habla de Virgilio como el poeta del Imperio, pero no hace referencia solo al imperio de Augusto, sino que, de alguna manera, entiende que, como la Italia fascista es la continuación de la Roma de Augusto, también es el poeta del imperio que se está fraguando y del que él, Mussolini, es el *Duce*. Sin embargo, no será alabada toda la literatura del poeta mantuano, sino que su lectura fue recortada y asimilada al régimen fascista. El fascismo buscaba implantar mediante la literatura de Virgilio y Horacio su ideario y esto hizo que “quedaran totalmente mutilados, al quedar a la sombra algunos de sus aspectos que no concordaban con el cuadro que se pretendía trazar, como por ejemplo su refinada conciencia de ser deudores con respecto a las culturas griega y helenística” (Canfora, 1991: 98).

Otro de los autores latinos más apreciados por el régimen fascista es Marco Tulio Cicerón. El fascismo lo utilizará como herramienta para poner en valor la Roma imperial frente a Grecia. Canfora (1991: 76) entiende que “en todas las páginas de Cicerón mana un sentimiento de romanidad, que no pueden reflejar las escenas de los diálogos, con la vida despreocupada de la democracia ateniense [...], totalmente despreocupada del destino de la patria”. En sus discursos recurre Mussolini sistemáticamente a Cicerón, no solo desde el punto de vista del contenido, sino también en su estilo. Es claro que en muchos discursos, Mussolini, intenta imitar el carácter

grandilocuente de los discursos de Cicerón aunque no en todos lo consigue. Las menciones directas que hace del cónsul romano son varias a lo largo de los discursos analizados. En una primera mención, compara a Cicerón con Chicherin (comisario ruso de Negocios Extranjeros en 1915), haciendo una broma fonética con la pronunciación italiana de Cicerón. Dice que “contrariamente a aquel [Cicerón], nadie toma en serio [a Chicherin]” (vol. I, pág. 345). De la presencia de Cicerón en Mussolini, destaca la utilización de una cita en el discurso pronunciado el 21 de abril de 1924, en el que la ciudad de Roma le concedió el derecho de ciudadanía. En este discurso “Por la ciudadanía de Roma” incluye una larga exaltación del ideal de Roma, de su urbanismo y de su historia antigua (puntos que veremos en otros apartados), pero también destaca cómo ahora él también podrá exclamar con orgullo *civis Romanus sum!* (vol. IV, pág. 91). Esta frase la utiliza Cicerón (*In Verrem*, V, 162) cuando relata cómo un condenado a la crucifixión llamado Publio Gavio gritaba *civis romanus sum!* mientras lo torturaban y cómo a su vez Verres hacía caso omiso de la frase, que el condenado gritaba una y otra vez. Este uso que hace Mussolini de Cicerón refleja cómo *il Duce* conocía muy bien la obra ciceroniana y demuestra la importancia que tiene este autor para él y para el fascismo. Y se contempla cómo Mussolini entiende que es uno de los más importantes personajes de la historia de la Roma que él y su fascismo defienden. Muchos son los ejemplos que se pueden extraer en los ocho volúmenes analizados para observar la influencia ciceroniana en Mussolini; se destacan claramente en sus discursos la vehemencia, la grandilocuencia y el nervio que caracterizaban a Cicerón y su oratoria. En 1923 Mussolini pronunció un largo discurso en el que defendió sus primeros seis meses de gobierno (vol. III, págs. 129-165) y en el que se reconoce, en algunos de los pasajes, la influencia de Cicerón: “pero permitidme, señores, que os diga que no hay que abusar de nuestra generosidad. No discutiré acerca de si ha sido un bien o un mal no haber obrado de aquel modo. Y ¿por qué no lo discuto? Os lo diré con una franqueza que a alguno parecerá brutal. No lo discuto, porque, si mañana fuese necesario, me sobran valor, voluntad y miedo para hacerlo” (pág. 161). Utiliza la pregunta retórica tan típica dentro de la oratoria judicial, y por supuesto, tan recurrente en los discursos de Cicerón. La grandilocuencia se observa en “os lo diré con una franqueza que a alguno parecerá brutal”, que denota cómo Mussolini se siente superior al resto del arco parlamentario del mismo modo que Cicerón se expresaba en sus discursos, con ese egocentrismo típico en el autor latino. Este es tan solo un ejemplo de los muchos pasajes típicamente ciceronianos que podemos detectar en este discurso y en muchos otros.

Aunque estos cuatro (César, Tácito, Virgilio y Cicerón) son los autores latinos que más aparecen mencionados o citados en los discursos y escritos de Mussolini, no son los únicos. Aparecen muchas más citas de otros autores a lo largo de los casi veinte años analizados. Es muy interesante cómo Mussolini parafrasea a Catón el Viejo y su *delenda est Carthago*. Mussolini emplea esta fórmula para atacar a Austria, enemigo de Italia y la Entente durante la Gran Guerra. Él dice *delenda Austria* haciendo así un claro guiño a la antigua Roma (vol. I, pág. 380). También menciona directamente a Terencio: “podemos decir, como Terencio: ‘somos humanos, y nada de cuanto es humano nos es

ajeno” (*homo sum, humani nihil a me alienum puto*) (vol. II, pág. 201). Utiliza el plural en vez del singular de la frase original porque trata de alejar la idea de que los fascistas son criminales y “asesinos del capitalismo”. De esta manera, utiliza de nuevo a un autor latino para defender la ideología fascista y para hacer ver al resto que en ellos “vibran sentimientos de profunda humanidad”. Por otro lado, toma, como era de esperar, para su ideario y la ideología fascista la máxima de Vegecio: “si quieres paz, prepárate para la guerra” (*si vis pacem, para bellum*) (vol. II, pág. 345). En esas líneas afirma que “los romanos tenían razón” al emplear esta frase y esto recalca la idea bélica e intervencionista que se alojaba en lo más profundo de la ideología fascista. El fascismo no se puede entender en un periodo de paz y por ello entiende que la única manera que se puede tener paz en su nación es mediante el enfrentamiento bélico con sus enemigos. Es una idea completamente antigua y que el fascismo retoma clara y abiertamente.

Por último, son tres las citas íntegras de autores latinos que podemos observar en los discursos que pronuncia Mussolini desde 1915 hasta 1933 (además de las vistas en los cuatro autores importantes):

- En un discurso de 1923, Mussolini defiende que el régimen fascista siempre llevará a cabo proyectos y trabajos para enriquecer Roma e Italia. Pone énfasis en esta idea a través de una cita clásica: *nulla dies sine linea* (vol. III, pág. 48). Se trata de una frase procedente de Plinio el Viejo (*Hist. nat. XXXV*), quien la atribuyó al pintor griego Apeles. Aunque literalmente signifique “ni un día sin trazar una línea”, aquí Mussolini la toma para defender que no habrá ni un día sin que se realice algún trabajo para la consolidación del Estado fascista y la “nueva Italia”.

- También menciona el lema de Constantino *in hoc signo vinces* (“con este signo vencerás”) (vol. VII, pág. 40). La frase original está escrita en griego, ya que ha sido transmitida por el historiador griego Eusebio de Cesarea en su obra *Vita Constantini*. Según Eusebio, se le apareció la cruz cristiana a Constantino antes de la batalla del puente Milvio, y gracias a ese *signum*, la cruz, los romanos consiguieron vencer. Sin embargo, Mussolini aquí emplea el lema en latín porque ese lema es mucho más conocido en su formulación latina que en la griega, al menos, en Occidente. Usa el lema de Constantino durante el discurso en el que defiende el Pacto de Letrán y a través de esa frase reivindica la necesidad de la Iglesia en el régimen fascista.

- Por último, *il Duce* cita a Horacio (vol. VIII, pág. 11) con su *carpe diem* (*Odas I, 11*). Lo usa para reflejar cómo se está produciendo el desmoronamiento de la sociedad y los valores tradicionales y cómo se empieza a vivir con este lema por bandera, ya que no se sabe qué sucederá el día de mañana. Mussolini se centra en la connotación negativa que tiene este tópico horaciano. Critica como sus coetáneos viven de acuerdo únicamente a ese lema, instalándose en el puro hedonismo sin atender a ninguna otra responsabilidad que el gozo y el disfrute propio. A pesar de las circunstancias desfavorables que se viven en 1932, eso no puede ser excusa para entregarse al desenfreno sino que, ahora, más que nunca, la sociedad tiene que intentar que prevalezcan los valores nacionales y tradicionales.

### “Necesse navigare, vivere non necesse est”: el *mare nostrum*

Una de las más importantes metáforas o comparaciones que los clásicos utilizaban era la que asimilaba al Estado con un navío (recuérdese, por ejemplo, la célebre oda I 14 del mismo Horacio). Decían que el gobierno debe estar bien dirigido, como un barco, por un buen *gubernator* que coja el timón y sepa enfrentarse a los malos momentos en los que la mar está más picada para llegar al destino siempre, independientemente de los problemas que surjan durante la navegación. Pues bien, Mussolini se hace eco de esta idea y son numerosísimas las ocasiones en las que hace mención al mar con un sentido metafórico o incluso literal.

En una primera mención (vol. I, pág. 53) Mussolini, utiliza la frase latina *necesse navigare, vivere non est necesse*. Esta frase, que Plutarco atribuye a Gneo Pompeyo en *Vidas paralelas*<sup>5</sup>, se ha convertido en una máxima latina que se utiliza en numerosas ocasiones, sobre todo en el ámbito marítimo y militar. Mussolini la incluye en un artículo del *Popolo d'Italia* (14 septiembre de 1915) durante la Gran Guerra y la menciona con el mismo sentido que la frase cesariana *alea iacta est*. El director del *Popolo* iba a entrar en combate después de meses pidiendo la intervención italiana en la Guerra y con esta frase quiere reflejar que es necesario guerrear contra los enemigos aunque esto conlleve la muerte. Es preferible caer en combate antes que defender la neutralidad como habían hecho los socialistas italianos.

En un artículo del 2 de noviembre de 1918 en el mismo *Popolo d'Italia*, Mussolini cuenta cómo la Entente e Italia han conseguido ganar una batalla decisiva contra Austria y cómo, a partir de esta batalla, la guerra se ha decantado a su favor. En este contexto, dice que “traza Italia de nuevo los confines sobre los Alpes y pone de nuevo el *nostrum* al Adriático” (vol. I, pág. 383). Las aspiraciones de Mussolini son ya claramente imperialistas, pues habla de trazar fronteras y de conseguir expandir los dominios de la patria italiana. Sin embargo, aún es realista y pone como objetivo hacer que el *mare nostrum* sea el mar Adriático y no todo el Mediterráneo. Esto pone de relieve la idea de Mussolini de continuar con la Roma antigua: trata de hacerse de nuevo con un mar al que Italia pueda llamar “nuestro”, aunque de momento pone el foco en el que baña la costa oriental italiana y no en el mar Mediterráneo, el verdadero *mare nostrum*. Sin embargo, en un discurso en octubre de 1922, Mussolini sí menciona ya al Mediterráneo como el mar que pertenece a los italianos. *Il Duce* afirma que “enderezándola [la nación] hacia sus destinos gloriosos [...], haciendo del Mediterráneo el lago nuestro, es decir, aliándonos con los que en el Mediterráneo viven, y expulsando a aquellos que son parásitos en el Mediterráneo, [...] inauguraremos verdaderamente un periodo grandioso de la historia de Roma” (vol. II, pág. 361). Con estas palabras podemos sacar en claro varias ideas: por un lado, continúa con sus afanes imperialistas, ya que habla de “hacer del Mediterráneo el lago nuestro”, buscando así devolver a Italia

---

<sup>5</sup> Gneo Pompeyo, según Plutarco, pronunció esta frase en un mar alejado de Roma con el fin de arengar a sus marineros y que así cumplieran su misión: hacer llegar y las provisiones de cereal a la *urbs*. La pronunciaría, evidentemente, en latín, pero Plutarco la recoge en griego (Plutarco, *Vida de Pompeyo*, 50, 1-2).

el papel de poseedor del *mare nostrum*; pero además, por otro lado, entiende que no todos los que viven en el Mediterráneo se merecen habitar en él y que hay que expulsar a los que son “parásitos” en él. No menciona a qué pueblos se refiere, pero ahonda aún más en la idea de que el *mare nostrum* pertenece al pueblo italiano y este es el que ha de decidir quiénes se merecen vivir a sus orillas y quiénes no. Sin duda, es una visión que pertenece a la idea que los antiguos romanos tenían de este mar y Mussolini y su régimen la toman como propia.

Mussolini, el 1 de enero de 1920, publica un artículo en el *Popolo d'Italia* titulado literalmente “Es necesario navegar” (vol. II, págs. 55-58). Como bien afirma Helena González Vaquerizo (2014: 170), “se trata de un discurso sobre el estado de la nación, hace una muy retórica y a la vez muy poética defensa del expansionismo italiano”. Y no se puede entender de otra manera, ya que es un artículo publicado el “día de año nuevo” y quiere en él hacer balance sobre lo que ha sucedido el año anterior y sobre lo que tiene que ocurrir en los siguientes. González Vaquerizo (2014: 170) señala que “poco importa para el discurso retórico cuáles fueran el contexto y el significado originarios de la frase: esta tiene poder suficiente para despertar en los italianos el sentimiento nacionalista que Mussolini desea”. Se trata de una frase que se puede interpretar con distintos significados, pero todos ellos sirven para que los italianos que la escuchen alberguen un profundo sentimiento patrio. En su artículo (pág. 57), Mussolini entiende que “navegar” no se tiene que tomar en el sentido literal de la palabra, pues no hay por qué navegar solamente por mares u océanos. Defiende que Italia es una nación que necesita el mar tanto como el mar a Italia, ya que son tres los mares que rodean la península italiana (Adriático, Tirreno, Mediterráneo). Pero él da un sentido distinto al *nesesse navigare* y entiende que los italianos lo que necesitan es “batallar”. A pesar de que la Guerra ha acabado hace dos años, Mussolini y el fascismo no entienden el gobierno sin que haya luchas abiertas “contra otros, o contra nosotros mismos”. Esta idea sigue la línea que hemos visto en el apartado de “Autores latinos” (cf. pág. 8). El fascismo toma para sí la idea romana de *si vis pacem, para bellum* y Mussolini seguirá este pensamiento durante todo el gobierno fascista. Acaba este artículo volviendo de nuevo al “es necesario navegar” y apuntilla que hay que navegar, con el sentido de batallar, contra todos y contra todo, “aunque sea a contracorriente” y “aunque sea contra la grey”.

En octubre de 1923 y dentro de un discurso sobre la navegación aérea, Mussolini decide terminarlo parafraseando de nuevo el *nesesse navigare est, non vivere* y lo hace de la siguiente manera: “modificando aquel apotegma latino que inspiraba valor y serenidad a los pilotos marinos en pleno océano, ahora digo aplicando el dicho: *volare neccese est*” (vol. III, pág. 264). Con esta reinterpretación de la frase, es la segunda vez que lo hace. Líneas más arriba en ese mismo artículo cambia *navigare* por “batallar” (*agere bellum*) y ahora lo cambia por *volare*. Usa un tópico del mar para exaltar la importancia del cielo y no es por casualidad. Durante la Gran Guerra, y posteriormente durante la Segunda Guerra Mundial, será clave el papel de los aviones militares y de los submarinos y navíos de guerra. Mussolini sabía que las guerras no eran solo ya por mar

y por tierra, sino que el aire era ya un campo de batalla fundamental y le pone más hincapié usando un tópico latino tan conocido como el *necesse navigare est*.

La última vez que Mussolini apela a este lema latino es en un discurso al pueblo de Catania en 1924. En este fragmento de la frase pone de relieve la importancia que tenía y tiene el mar para la ciudad y exhorta a “volver a amar el mar, a sentir la embriaguez del mar porque *vivere non necesse, sed navigare necesse est*” (vol. IV, pág. 125). A través de la ciudad de Catania recuerda la importancia de Sicilia en la historia del Mediterráneo.

En un discurso de 1921, Mussolini dice: “¿No comprendéis que el timón del Estado no volverá más a los viejos hombres de la vieja Italia?” (vol. II, pág. 173). Esta frase la pronuncia hablando de las elecciones que se avecinan en 1921 y que, según él, “serán netamente fascistas”. Entiende que tienen que ser los fascistas quienes tomen el poder para hacer de nuevo grande a Italia, pero en vez de introducir esta idea de forma literal, utiliza un tópico típico de la Roma antigua como es la comparación del gobierno con un timón. Este tópico lo podemos ver también en un discurso en una sesión parlamentaria de noviembre de 1922. En él, en vez de usar el lugar común del gobierno como timón del Estado, lo que hace es representar el partido fascista como un simple bote: “muchos de los que hoy nos ponen cara de resentimiento y aversión, no hubieran vacilado de entrar en nuestro bote. Este bote resistirá bravamente el oleaje, con deseo siempre de llegar a buen puerto, que es la paz, la grandeza, la prosperidad de la patria” (vol. 3, pág. 26). Es claro el uso del tópico naval para defender su idea de Estado. Con esta metáfora dice muchas cosas: por un lado, utiliza el “bote” y no otra embarcación, seguramente, para simbolizar la pequeñez del partido fascista en sus orígenes, desde los cuales llegará a ser la gran nave del nuevo Estado italiano. Se trata de un tópico de falsa modestia ya que en ese “bote”, al ser pequeño, cabían muy pocos (valientes), pero ahora muchos querrían haberse subido a él desde el principio. Por otro lado, quiere defender que el fascismo resistirá a cualquier obstáculo u oposición que se le ponga delante del camino (“oleaje”) para alcanzar los objetivos que el fascismo se propone cuando llegue al gobierno (“puerto”) que son “la paz, la grandeza, la prosperidad de la patria”.

En 1924 Mussolini pronuncia un discurso titulado “Vivir en peligro”<sup>6</sup> y al final de él se refiere a ese peligro sirviéndose, nuevamente, de metáforas náuticas<sup>7</sup>: “cualquiera es capaz de navegar en mares de bonanza, cuando los vientos hinchan las velas, sin que haya olas ni ciclones. Lo hermoso, lo grande y, podría decir, lo heroico, es navegar cuando arrecia la tempestad” (vol. IV, pág. 229). *Il Duce* valora así que los partidos políticos que han gobernado antes que ellos han conseguido gobernar tranquila y correctamente tan solo porque no han tenido ningún problema que hiciera tambalear la serenidad de su gobierno: han podido dirigir el Estado “en mares de bonanza” y con

---

<sup>6</sup> *Vivere pericolosamente* o *vivere pericoloso* es una especie de lema que Mussolini tomó de Nietzsche, concretamente de su obra *La Gaya ciencia* (§283). El filósofo alemán defiende vivir en sufrimiento es el secreto de “la existencia más gozosa y fecunda”. Mussolini cree también que en los peores momentos del gobierno, es cuando se ve realmente quienes valen realmente para gobernar el Estado y, por tanto, en el peligro se demuestra la valía de los gobernantes.

<sup>7</sup> Cf. Curtius (1955), pp. 189-193.

“los vientos hinchando las velas”. Por el contrario, entiende que ellos, los fascistas, van a ser mejores gobernantes que aquellos, puesto que, en una época de tantas complicaciones, en el periodo de entreguerras en el que se encuentran, conseguirán gobernar mejor que los anteriores. Considera “heroica” la tarea de gobierno van a llevar a cabo dado que no es nada fácil, según él, “navegar cuando arrecia la tempestad”.

Pero, sin duda alguna, el discurso más importante de Mussolini en torno a Roma y el mar es el que pronuncia en octubre de 1926. “La antigua Roma y el mar” (vol. V, págs. 423-445) es un largo discurso en el que básicamente cuenta la importancia que dio Roma al mar y a la guerra marítima cuando se enfrentó a Cartago en las Guerras Púnicas. Lo primero que hace Mussolini en este discurso es marcar cuáles son las fuentes en las que se ha basado para contar la historia marítima de Roma desde antes del conflicto contra Cartago hasta el periodo posterior. En las páginas 424-425, Mussolini responde afirmativamente a si Roma tuvo o no una “existencia brillante en el mar” y si “Roma fue una potencia marítima”. Pero explica cómo antes de las Guerras Púnicas, “la historia marítima de Roma era casi nula” y cómo poco a poco “Roma tenía cierta actividad marítima mercante, pero muy modesta en comparación de sus futuros rivales los tarantinos, los cartagineses y los helenos”.

En un segundo periodo, Mussolini destaca cómo Roma consigue “un mayor desahogo” ya que “se asoma al mar con la conquista de ciudades que ya tenían comercio marítimo, flotas, tripulaciones, una marina mercante completa” (pág. 427). En las páginas 429-430, Mussolini cuenta las relaciones previas al enfrentamiento entre Cartago y Roma. Habla de dos tratados: un primer tratado en el 509 a. C. que muestra que “los romanos tenían en el mar un radio de acción limitado, pero prueba a la vez que desde entonces la omnipotente Cartago respetaba a la pequeña pero sólida Federación itálica”. Y un segundo tratado del 348 a. C., siendo ambos “tratados de comercio y de navegación”.

Mussolini empieza a hablar del enfrentamiento entre las dos grandes potencias en la página 431 explicando que el *casus belli* fue la ocupación de Mesina por los mamertinos. En este momento de la historia, Mussolini hace apología del fascismo. Cuenta que “el Senado [...] remitió la decisión del pueblo convocado en los comicios de las centurias o centuriatos. El pueblo era más bien intervencionista”. Con estas palabras, Mussolini trata de hacer una comparación de la situación que se vivió en la Roma del s. III a. C. con la Italia anterior a la participación en la Gran Guerra. Entiende que el Senado actuó a espaldas de lo que el pueblo quería, al igual que hizo el gobierno socialista en 1914-1915. Usa la palabra “intervencionista” no por casualidad, pues Mussolini lo era abiertamente respecto a la entrada de Italia en la Guerra y así se compara él y el fascismo con el antiguo pueblo romano. Y con tal comparación lo que trata de hacer es que parezca que ellos representan la idea del pueblo frente a los viejos gobernantes que llevan a cabo sus decisiones a espaldas de lo que la mayoría del pueblo quiere.

Mussolini cuenta cómo Roma acabó entrando en guerra contra Cartago, consiguió derrotarla y redujo su poder en Sicilia paulatinamente “hasta conseguir la expulsión de los cartagineses de toda Sicilia” (pág. 432). En ese momento, los romanos comprendieron que para ello necesitarían vencer a Cartago por mar. *Il Duce* explica entonces cómo los romanos consiguieron construir grandes navíos y cómo vencieron a los cartagineses en la batalla de Milazzo, lo que supuso “el delirio” del pueblo romano. En la página 434 Mussolini menciona la batalla de Ecnomo. La cataloga como una de “las más grandes batallas navales de la historia” con “140.000 romanos” y “150.000 cartagineses”. Con esta batalla, “creyó Roma que el mar de África quedaba completamente libre y resolvió llevar la guerra a territorio enemigo. Así fue” (pág. 435). Aunque a Roma le fue peor en África, Mussolini destaca cómo los romanos supieron redimirse de las derrotas en África y consiguieron reconstruir las naves perdidas: “adquirieron nuevas fuerzas y valor y ordenaron la construcción de 220 naves largas” (pág. 436), logrando así reducir el poder cartaginés en Sicilia solo a la punta más próxima a Sicilia.

En la página 437, Mussolini relata cómo bajo el mando del “almirante y técnico marino” Cayo Lutacio Cátulo consiguió Roma dos victorias decisivas frente a Cartago. Tras esto, los cartagineses huyeron de Sicilia a Cartago, los romanos se hicieron con el poder definitivo sobre la isla y Amílcar Barca firmó la paz poniendo así fin a la primera guerra púnica. Al final de esta página y la siguiente, Mussolini hace un balance de los resultados que supuso esta guerra para Roma: “desde el punto de vista territorial, Roma adquiere la Sicilia e islas menores [...]. Desde el punto de vista político-militar, Roma asesta un fuerte golpe al poderío cartaginés, mientras [...] consolida la Federación itálica. Desde el punto de vista moral, el prestigio de Roma sale robustecido, porque la guerra demuestra, incluso en el mar, la fuerza de Roma [...]. Desde el punto de vista económico, Roma adquiere una vasta y fértil región como la Sicilia y una mayor libertad como también posibilidad de tráfico marítimo”.

En las páginas 438-439, Mussolini destaca el periodo de recuperación que tuvo que pasar Roma durante la época de entre guerras y cómo se vio debilitada la población y la moneda romana. Sin embargo, esto no fue suficiente como para que Roma no se embarcara en nuevas guerras contra otros enemigos, y aquí Mussolini relata dos enfrentamientos bélicos. Los cartagineses, ante el poder de Roma en Córcega y Cerdeña, decidieron olvidarse de la reconquista de las islas cercanas a la península itálica e iniciaron una campaña de conquista en la península Ibérica. Mussolini narra el origen de la segunda guerra púnica: Roma y Asdrúbal señalaron “como confín insuperable el Ebro”, pero “el ataque de Aníbal a Sagunto, ciudad aliada de Roma” (pág. 439) supuso el inicio del conflicto.

En las páginas 440-441, Mussolini expone minuciosamente los pasos que sigue Aníbal una vez cruzados las Alpes, narra cómo los cartagineses llegaron al valle del Po consiguiendo victorias importantes frente a los romanos. Lograron anexionar huestes galas que pertenecían al ejército romano en el Po y continuaron descendiendo hacia Roma. Sin embargo, “Aníbal dio la vuelta, alejándose de Roma y [...] se dirigió a



Tarento”. ¿Por qué Aníbal decidió no atacar Roma cuando se encontraba en una ventaja clara? Es una pregunta que aún hoy se plantean los historiadores y aunque hay varias teorías, no se puede saber si alguna se ajusta a la verdad. Mussolini explica este “rodeo” de Roma diciendo que “tenía necesidad del mar para comunicar con Cartago”. Es una explicación bastante factible, ya que Cartago era un poder marítimo y, además, es posible que Aníbal quisiera entrar en contacto con el Senado cartaginés para contar lo bien que iba la campaña en Italia. A lo largo de la página 441, Mussolini refiere el avance hacia el sur de Aníbal consiguiendo “una incursión en la Campania” y la batalla de Cannas (216 a. C.), mayor derrota de la historia de Roma. Con la derrota, son numerosas las ciudades aliadas de Roma que pasan al bando cartaginés, destacando Siracusa, y Cartago consigue recuperar territorios en Sicilia. Pero Roma reconquista Siracusa y rápidamente acaba, de nuevo, con la influencia cartaginesa en la isla de Sicilia.

Tras esto, Roma consigue poner de nuevo la guerra en su favor y Aníbal queda sin comunicación con Cartago por mar. Mussolini cuenta el final de la segunda guerra púnica en la página 442 y explica cómo Publio Emilio Escipión derrotó a Cartago y Aníbal en el 202 a. C. en la batalla de Zama. Destaca el pacto de Túnez que se estableció entre ambas potencias en el 201 a. C. y que supuso la “devolución de todos los prisioneros y dispersos, entrega de todas las naves *rostratas*, menos diez; entrega de todos los elefantes domados, con compromiso de no dar otros que no lo fuesen; compromiso de no hacer la guerra en África ni fuera de África sin el permiso de Roma; restitución a Masinisa de sus bienes y alianza con el mismo; pago de diez mil talentos en cincuenta años; entrega de cien rehenes a Escipión; devolución de todas las naves *onerarias* capturadas a los romanos; alianza con Roma; además de otras condiciones de menor alcance” (págs. 442-443).

Tras el fin de Cartago, Mussolini destaca cómo “el Mediterráneo vino a ser un lago romano”. Recuerda algún acontecimiento marítimo posterior que lleva a cabo Roma, como cuando Gneo Pompeyo “limpió los mares de la piratería que los infestaba”, “la marina romana, con Julio César, en el Atlántico, se aventuraba a la conquista de Gran Bretaña”, “la batalla de Actium que decide la suerte del imperio”, “Germánico prepara una flota para remontar los ríos de Germania”, “Claudio creó el puerto de Ostia”, “durante el reinado de Vespasiano una flota romana hizo el periplo de Inglaterra”, “Trajano mandó construir el puerto de Civitavecchia”, “Septimo Severo ganó una gran batalla contra los bizantinos” (pág. 443)

Al final del discurso (págs. 444-445) habla sobre la demografía romana y cómo ninguna de las ciudades más importantes de su tiempo podía hacer sombra a Roma en cuanto a población que “va desde un mínimo de 560.000 (según La Malle) a un máximo de cuatro millones (según Lipsius)”. Por último, concluye el discurso haciendo un resumen de la importancia marítima de Roma a lo largo de su historia y con una frase final que afirma: “estas son virtudes que valieron ayer y valdrán mañana y siempre”. En este discurso hemos podido ver pocas referencias a la ideología fascista o mussoliniana; más bien se trata de un discurso histórico en el que Mussolini cuenta la historia

marítima de Roma desde su fundación hasta el final del imperio. Sin embargo, lo termina haciendo una clara referencia a la ideología fascista. Con esa última y sencilla frase quiere hacer ver al público oyente de su discurso que toda la historia de Roma que acaba de contar no tiene por qué ser solo “historia”, sino que los italianos tienen que retomar esas “virtudes” para así poder volver a convertirse en la gran potencia marítima en el Mediterráneo que consiguieron ser sus antepasados. Busca, mediante la Roma antigua, revivir en el espíritu de los italianos el deseo imperialista para convertirse de nuevo en la capital del Mediterráneo en el mar.

## Caporetto y Cannas

Se produjeron muchas batallas durante Gran Guerra cuyo resultado fue decisivo para las naciones que en ellas se enfrentaron. Una de esas batallas fue la de Caporetto, que supuso la mayor derrota de la Gran Guerra para los italianos. Como nos cuenta Ricardo Artola (2014: 274), “Alemania decidió desbloquear la situación [en el frente italiano]” y para ello “se desplazaron a la región siete divisiones germanas que se unieron a las fuerzas austriacas, todas ellas bajo el mando unificado de un general alemán” (pág. 143). Según cuenta, el mando italiano al frente del ejército en esa región sabía del ataque gracias a “los desertores austro-húngaros”, pero debió de hacer caso omiso y no preparó de ninguna manera la defensa frente a la ofensiva enemiga.

De esta manera, el 24 de octubre de 1917 comienza la cruenta batalla. Tal es el ataque austro-alemán, que se produce “la mayor estampida en retirada de toda la guerra”, los italianos no consiguen escapar del territorio debido a los caudalosos ríos que les rodean y la batalla acaba con las siguientes cifras para el ejército italiano: “10.000 muertos, 275.000 prisioneros y medio millón de desertores” (pág. 144).

Mussolini, que en estos momentos se encontraba inmerso en la Gran Guerra como soldado, queda abatido por las circunstancias y habla en varias ocasiones sobre la funesta batalla. Escribe un artículo en el *Popolo d'Italia* el 31 de octubre de 1917 titulado “Aspectos del drama”. Lo comienza con un párrafo que nos permite ver con qué sentido él ve lo sucedido en Caporetto: “Un pueblo que es digno de un gran porvenir tiene, particularmente en las horas críticas de su historia, el valor de mirar cara a cara a la realidad en sus aspectos negativos y positivos”. Tiene una visión optimista de lo sucedido una semana antes y ese positivismo le hace comparar la batalla de Caporetto con la batalla de Cannas, sobre todo en lo que atañe a las consecuencias positivas que tuvo para Roma, a pesar de la tremenda desgracia que supuso.

Durante la segunda guerra púnica, Roma se enfrentó a una Cartago liderada por el general Aníbal. Este, con decenas de elefantes y un ejército de miles de personas cruzó los Alpes, venció a las legiones romanas en el Valle del Po y bajó hasta el sur de Roma, en donde se produjo la funesta batalla de Cannas. En el 216 a. C., en Roma son elegidos como cónsules Cayo Terencio Varrón y Lucio Emilio Paulo y en este año Aníbal decide tomar la ciudadela de Cannas (ciudad de Apulia en el Adriático). Esto obliga a los romanos a entrar de nuevo en combate contra Aníbal cuando llevaban meses utilizando una estrategia de desgaste sin guerrear directamente contra los cartagineses. Para ello, el Senado formó el mayor ejército “que se haya puesto en combate en la antigüedad” (Mira Guardiola, 2000: 163). De esta manera, la batalla de Cannas enfrentaría a 87.200 romanos frente a 50.000 cartagineses. Cayo Varrón decidió entablar batalla a pesar de la negativa del otro cónsul Emilio Paulo. La batalla de Cannas se convirtió en la mayor derrota de la historia de la Roma antigua con unas cifras escalofriantes. Según nos cuenta Livio, murieron 45.500 infantes y 2.700 jinetes. Pero la derrota fue tan grave no solo por el número de los caídos, sino porque entre ellos

se encontraba uno de los cónsules, Emilio Paulo, excónsules, exediles, expretores y unos 80 senadores.

Antes de producirse Caporetto, se lee en el “Diario de guerra” de Mussolini una cita de Virgilio que previamente hemos visto en el apartado de “Autores latinos”: *exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor* (“¡Surja de nuestros huesos un vengador!”: *En.* IV 625; vol. I, pág. 211). Esta cita procede de las últimas palabras que pronuncia Dido tras atravesarse el pecho con una espada. La mención de esta cita, que, según él nos cuenta y ya se explicó, encontró en la puerta de un cementerio italo-húngaro, nos hace ver que Mussolini podría haber vivido la Gran Guerra comparándola con las Guerras Púnicas. Dido exhala su último aliento maldiciendo a Eneas y a los troyanos y pidiendo que “surja de nuestros huesos un vengador”; Virgilio escribe estas palabras para retrotraer el conflicto bélico entre ambas naciones hasta la época de la fundación de Roma. De esta manera, Mussolini utiliza este verso para comparar la Gran Guerra con el conflicto que asoló Roma y el Mediterráneo durante prácticamente todo el s. III a. C.

La similitud entre ambas batallas es clara y Mussolini utiliza Cannas para levantar la moral de sus compatriotas. La primera comparación con Cannas la hace pocos días después de Caporetto: “cuentan las historias que a raíz de la batalla de Cannas, el Senado romano prohibió a las mujeres aparecer en público, no fuese que con su actitud dolorida debilitasen el ánimo de los ciudadanos que estaban ansiosos de tomar el desquite. Hoy son los ciudadanos quienes disponen de sí mismos; no es el Gobierno” (vol. I, págs. 296-297). Esto lo dice sin mencionar directamente Caporetto, pero el contexto que rodea a esta frase está ligado a la dolorosa batalla. Compara así no solo ambas batallas, sino la actitud que italianos y romanos toman después de tan duro suceso. Pero no solo compara, sino que pone a los italianos por encima de los romanos. De estos dice que tenían que ser ayudados por su gobierno para no sentirse desesperados, pero los italianos son ellos mismos quienes resurgen de la derrota sin que el gobierno tenga que interceder por ellos.

Más adelante, Mussolini resta importancia a cómo los soldados italianos huyeron en Caporetto. Recuerda que “han ocurrido hechos análogos en otros ejércitos” y vuelve a usar una comparación con los antiguos, en este caso entre los legionarios romanos y los soldados italianos: “en cierta ocasión los antiguos legionarios romanos se desbandaron porque vieron aparecer súbitamente en el aire una banda de aves de mal agüero. También en nuestro cielo revoloteaban los cuervos...” (vol. I, pág. 301). Al comparar ambos ejércitos, Mussolini intenta que se vea a los soldados italianos como a los legionarios romanos, a quienes se les considera como grandes guerreros a pesar de que en ocasiones “se desbandaron”. También hay aquí una clara analogía entre lo que representaban las aves en la antigua Roma con lo que representan los cuervos en la actualidad. En la Roma antigua, los augures eran los encargados de examinar el vuelo de las aves para predecir el futuro o para atestiguar si un día era bueno o no para llevar a cabo algún tipo de empresa. De la misma manera, en la actualidad los cuervos tienen una gran simbología pero, en su caso, es siempre negativa.

El 24 de octubre de 1918, un año después de la batalla de Caporetto, Mussolini escribe un artículo en el *Popolo d'Italia* titulado “Devolver Caporetto”. En él compara ya directamente Caporetto con Cannas de la siguiente manera: “los pueblos fuertes saben mirar cara a cara su propio destino. La Roma republicana no se escondió en sí misma tras aquel gran Caporetto que fue la batalla de Cannas; antes bien la utilizó para tener en máxima tensión posible el arco de sus energías” (vol. I, pág. 375). Con estas palabras, Mussolini resume perfectamente cómo entiende la batalla de Caporetto. No la ve solo como un borrón en la guerra italiana, sino como una oportunidad para poder levantarse todos los italianos unidos de la misma manera que hicieron los romanos tras Cannas y así poder ganar definitivamente la guerra. Compara ambas batallas para hacer ver a sus lectores que no hay que ocultar los errores propios, sino que es preciso enfrentarse a ellos para alcanzar la victoria. Es más, califica a Cannas como la “gran Caporetto”; de este modo, nos hace pensar que la derrota que sufrieron los romanos fue más dolorosa y más cruenta que la sufrida por los italianos en Caporetto. Así, el lector podía experimentar una catarsis y entender que si los romanos pudieron sobrellevar Cannas siendo la peor batalla de la historia de la Roma antigua y ganar la guerra, no había razón por la que los italianos, que son los descendientes directos de esa Roma, no vayan a poder levantarse tras Caporetto y alcanzar la victoria frente a los países centrales.

El 30 de octubre de 1918, en la llanura del Véneto se produce la llamada batalla del Véneto, en la que Italia y la Entente consiguen derrotar en el frente italiano a las fuerzas austro-húngaras. Con motivo de ello, Mussolini, redacta el artículo “Epílogo” el 2 de noviembre en el *Popolo d'Italia* y en él dice que “hemos restituido Caporetto. Hemos borrado el nuestro infligiendo uno de mayores proporciones al ejército enemigo” (vol. I, pág. 383). Aunque no hace mención directa a Cannas ni a la guerra púnica, sí se puede ver una comparación sutil entre ambos enfrentamientos bélicos. Aquí, entiende que Caporetto es la peor batalla de Italia, pero que la del Véneto ha sido aún peor para sus enemigos. Se puede atisbar la similitud con la segunda guerra púnica entre Cannas y Zama. Esta idea no la refleja como tal Mussolini en este artículo, pero la última frase de la página, “[Italia] pone de nuevo el *nostrum* al Adriático” (frase analizada anteriormente en el apartado *Neccesse navigare, vivere non neccese est: el mare nostrum*), parece remarcar esta idea, ya que tras Zama los romanos recuperaron el dominio del Mediterráneo, y Mussolini, tras Véneto, entiende que Italia ha recuperado el poder en el Adriático.

Una vez acabada la guerra, hasta 1933, solo hay una ocasión en la que Mussolini vuelve a mencionar la batalla de Cannas. Lo hace durante un discurso pronunciado en sede parlamentaria en febrero de 1923. En él defiende que nada hay imposible ni que no se pueda reparar y como ejemplo pone de nuevo el foco en Cannas: “no hay que creer nunca en lo irreparable. Roma no creyó en lo irreparable ni siquiera después de la derrota de Cannas, donde perdió la flor y nata de sus generaciones; antes bien recordáis, sin duda, que el Senado romano salió a recibir a Terencio Varrón, el cual, por haber querido entablar batalla contra el parecer de Paulo Emilio, era seguramente uno de los

responsables de la derrota”. Seguramente, Mussolini, cuando pone como ejemplo a Cannas, a quien en realidad quiere ensalzar es a los italianos que combatieron en el Véneto tras Caporetto; utiliza una batalla romana para no levantar heridas que probablemente estarían aún abiertas tan solo cinco años después. Sea como fuere, no solo pone en valor la entereza y las fuerzas romanas por conseguir restablecerse ante tal derrota, sino que también valora positivamente al gobierno romano por haber recibido de buena manera a Terencio Varrón a pesar de ser quien decidió entablar la batalla.

A estas palabras, Mussolini, añade en la misma página: “Roma caía y se levantaba; caminaba por etapas, pero caminaba; tenía una meta y se proponía llegar a ella. Esto debe hacer Italia”. Aquí, Mussolini puede referirse a Roma en dos aspectos: por un lado, puede hablar de Roma durante toda su historia, en la cual hubo momentos de gran esplendor pero también etapas muy oscuras, o puede referirse a Roma durante las guerras púnicas. Teniendo en cuenta el contexto en el que se encuentra la frase, que es justo después de referirse a Cannas, puede ser más lógico que se refiera tan solo a los enfrentamientos contra Cartago. De esta manera, cuando se refiere a que Roma caía y se levantaba, recuerda la igualdad que hubo en la guerra contra Cartago, habiendo momentos en los que los cartagineses estaban por delante y otros en los que quienes lideraban el conflicto eran los romanos. Pero pone énfasis en que, a pesar de las vicisitudes de la guerra, los romanos “caminaban” y de esa manera llegaron a su destino: la victoria contra los cartagineses y, por tanto, el dominio sobre el Mediterráneo.

De la misma manera debe actuar Italia. Mussolini busca con estas palabras alentar a sus seguidores fascistas, y cuando afirma que “esto debe hacer Italia” quiere levantar el espíritu de sus militantes y simpatizantes para conseguir la meta que el fascismo se propone: recuperar la grandeza de Italia en Europa y en el mundo. Es tal la importancia que tiene para él el conflicto que se produjo entre Roma y Cartago que, como ya vimos, en su discurso de octubre de 1926 titulado “La antigua Roma y el mar” (vol. V, págs. 423-445), cuenta la historia de las tres guerras púnicas<sup>8</sup>.

Por tanto, Mussolini se nutre claramente de la historia de Roma contra Cartago para defender su ideario. Sin embargo, el conflicto bélico entre ambas potencias será utilizado también en gran medida por los nazis. Canfora, en *Ideologías de los estudios clásicos*, hace una larga mención de este aspecto. Destaca cómo los nazis manifestaban su admiración por Roma al haber derrotado a Cartago, ya que “los púnicos eran los judíos de aquel entonces” (1991: 132). Explica las diferentes opiniones que respecto a este tema se sustentaban en la Alemania nazi, como la de Joseph Vogt, quien estudia la dinastía de Séptimo Severo y Caracalla y considera que ejercieron un gobierno desastroso debido a su origen semítico, frente a Gelzer quien entiende que el conflicto entre ambas naciones nada tuvo que ver con la raza (1991: 133). Es mucho más clara la influencia nacionalsocialista en Vogt que en Gelzer pero, independientemente de las posiciones de ambos estudiosos, está claro que el conflicto romano-cartaginés sirvió de

---

<sup>8</sup> Cf. pág. 12.

inspiración para los dos grandes movimientos totalitarios occidentales y que se nutrieron de él para defender sus ideologías: en el caso de Mussolini para ensalzar a los italianos como los descendientes de aquellos romanos, y en el del nazismo para defender la represión judía ya que los púnicos, es decir, los judíos, habrían sido la causa de la caída del Imperio. Por tanto, los alemanes, según la ideología nazi, deben acabar con la ocupación semítica en los territorios del III Reich para que no provoquen, de nuevo, la caída de un gran imperio.

## Los italianos, herederos de los romanos

Uno de los aspectos fundamentales de la ideología fascista y mussoliniana es el patriotismo y el nacionalismo italiano. Para ser un buen italiano es preciso albergar esos sentimientos, ya que de ellos se nutre el Estado italiano. Pues bien, nuevamente Mussolini recalca el poder, la valentía y el coraje italianos haciendo uso de paralelismos con los antiguos romanos. Retrocede continuamente a la época de la Roma antigua para comparar a los italianos con los ciudadanos de la Roma imperial y tardo-republicana.

Mussolini dedica las crónicas de su “Diario de guerra” a los soldados italianos que le acompañaron en el 11º regimiento de Bersaglieri durante la Gran Guerra y se refiere a ellos de la siguiente manera: “habéis demostrado que la antigua estirpe romana no está agotada, sino que lleva en su regazo los tesoros de una perenne juventud” (volumen I, pág. 77). Los alaba no solo por haber sido fantásticos soldados, amigos o compañeros, sino que los compara con los antiguos romanos diciendo que gracias a ellos, y por extensión a todos los soldados italianos que combatieron en el frente, se puede ver cómo la “antigua estirpe romana” sigue aún latente dentro del espíritu de los italianos.

Tras la batalla de Doberdó, en la que los italianos, con ayuda de otras fuerzas de la Entente, consiguieron una importante victoria frente a los austro-húngaros. Mussolini se refiere a este enfrentamiento bélico como “¡una maravillosa página del heroísmo latino!” (vol. I, pág. 211). Considera la victoria como un logro italiano y expresa esta idea dándole un carácter heroico, propio del estilo antiguo, y además llama a los italianos “latinos” con la intención de acentuar el origen del que provienen los habitantes de la península, el Lacio, y por tanto retrotrayéndose a los primeros tiempos de la fundación de Roma en los que el poder romano no alcanzaba más extensión que esta región.

Tras la guerra, en noviembre de 1921, Mussolini inaugura el Congreso Fascista de Roma con un largo discurso. En él menciona de nuevo al pueblo italiano y la historia a la que este está ligado: “el pueblo italiano tiene una gran historia. Basta situarse en Roma para comprender que hace veinte y treinta siglos era el centro del mundo y que los italianos en los siglos pasados eran grandes en las artes, en las letras y en el comercio” (vol. II, pág. 217). Con estas palabras Mussolini busca llegar al público por medio de la exageración. Él sabe perfectamente que Roma treinta siglos atrás, es decir, en torno al 1000 a. C. ni siquiera existía como tal, ya que la legendaria fundación de Roma se data en el 21 de abril del 753 a. C. Pero a través de estas palabras intenta obrar una catarsis en el público para que se sienta ligado a esa historia que también les pertenece y comprendan que el pueblo italiano tiene unos orígenes muy antiguos y fuertes y que, si entonces el pueblo romano era el más implacable del mundo, por qué ellos, que son descendientes directos de esos romanos, no van a poder serlo también. Es más, habla de “pueblo italiano” y no de “pueblo romano” para unificar a esos ciudadanos de hace “veinte-treinta siglos” con los ciudadanos de la Italia del s. XX. Acentúa la idea anterior especificando que los romanos no solo fueron “el centro del



mundo”, sino que también eran excelentes pintores, escultores, literatos y comerciantes, tocando así los aspectos culturales y económicos más importantes de toda patria. Tanto es así que en el Palazzo della Civiltà italiana (también conocido como Colosseo quadrato) aparece el siguiente lema fascista que, según se cree, lo escribió el propio Mussolini: “un popolo di poeti di artista di ero di santi di pensatori di scienziati di navigatori di transmigratori”.

En septiembre de 1922, en un discurso en el que Mussolini ataca a quienes critican al fascismo y a los fascistas, habla continuamente de la importancia de la Roma antigua en la nueva Italia fascista que está por venir, y en un fragmento se refiere directamente a los fascistas: “alguien podría objetarnos: ¿sois vosotros dignos de Roma, tenéis los jarretes, los músculos, los pulmones, suficientemente capaces para heredar y transmitir las glorias y los ideales de un imperio?” (vol. II, pág. 333). Aquí, sirviéndose de una pregunta retórica, Mussolini, cuando dice “vosotros”, no se refiere ya a todo el pueblo italiano, sino que hace referencia exclusivamente a los fascistas italianos. Critica a aquellos que los atacan por abanderar “las glorias y los ideales de un imperio”, ya que, según él, no solo son dignos valedores de esos principios, sino que también son “capaces de heredar y transmitir” esos valores, pues construirán de nuevo un imperio con la idea de continuar el de Augusto.

En noviembre de 1922, en el Senado, Mussolini pronuncia un discurso de réplica y lo cierra alabando al pueblo italiano y dejando en su mano el éxito que está por venir: “En la otra sección del Parlamento he invocado a Dios, en esta [...] invoco al pueblo italiano. [...] Si el pueblo italiano es –como espero y como lo querré– disciplinado, laborioso y orgulloso de su tercero y maravilloso resurgir, siento que no dejaré de llegar a la meta de mis aspiraciones” (vol. III, pág. 39). La comparación con los antiguos romanos no es explícita, pero al hablar de “su tercero y maravilloso resurgir” hace que nos retrotraigamos al Imperio romano primero, y al Renacimiento después<sup>9</sup>. Pide a los italianos que sientan y se comporten de acuerdo a lo que está por venir, que solo actuando de la misma manera que actuaron en su momento sus antepasados romanos se conseguirá el éxito final y la consolidación del tercer imperio italiano. Deja en mano de sus compatriotas el éxito o el fracaso del nuevo imperio. Tanto es así que cuando empiezan a sucederse las derrotas en la Segunda Guerra Mundial y el fin del fascismo está cada vez más cerca, *il Duce* pronuncia las siguientes palabras: “los italianos no son romanos” (Vallejo 2012: 139). Entiende que los fracasos de la guerra se han dado porque el pueblo italiano no se ha comportado con el coraje y la valentía propia de los soldados romanos y que, por tanto, se equivocó al ligar a la ciudadanía italiana con los valerosos romanos de dos mil años atrás.

En 1924, Mussolini pronuncia un discurso en el que destaca cómo los italianos son los descendientes directos y “legítimos” de los antiguos romanos, y lo expresa de la siguiente manera: “solo los italianos pueden llamarse descendientes legítimos de Roma. Esto, que es un orgullo, no debe ser un orgullo pasivo” (vol. IV, pág. 149). Esta idea

---

<sup>9</sup> Cf. págs. 27-28.

hizo que durante el fascismo se llevara a cabo una limpieza de raza con la intención de que la pura y orgullosa estirpe italiana no se viera manchada con otras, destacando los pueblos del norte de África que habían sido conquistados por las fuerzas fascistas. Tal y como apunta Gustavo Vallejo en el artículo anteriormente citado, la defensa de la romanidad suponía restringir la entrada de etnias norteafricanas; tanto es así que en abril de 1936 se decretaron dos medidas raciales: por un lado, se prohibió la adopción de etíopes de color por familias italianas y, por otro, se prohibió los matrimonios interraciales por el bien de la genética italiana milenaria (2012: 133-134). A pesar de que los romanos dominaron toda la costa mediterránea durante más de cuatro siglos, Mussolini y el fascismo entendían que ellos, que pertenecían al lugar de origen de Roma, eran los únicos que poseían una genética completamente romana. Mussolini, en este mismo discurso, solo tres líneas más adelante, recoge perfectamente lo que los italianos debían hacer con su pasado romano: “No hay que decir: ‘¡Somos grandes porque fuimos grandes!’ Dígase más bien: ‘¡seremos grandes cuando el pasado no es más que la plataforma de combate, para salir al encuentro del porvenir” (vol. IV, pág. 149). Esta es la idea primordial de Mussolini acerca del pueblo italiano y la romanidad. Busca que los italianos comprendan que no solo tienen tras ellos una gran historia de la que estar orgullosos, que no solo hay que alabar lo grande que los italianos fueron hace miles de años, sino que hay que dar un paso más. A través de esa base histórica, los italianos, los fascistas, deben coger las riendas de su propio futuro e intentar emular a aquellos antepasados que marcaron un capítulo tan importante de la historia y hacer ellos lo mismo o incluso más. Con estas palabras refleja que de nada sirve a un pueblo, en este caso el italiano, tener grandes personajes en su historia, grandes momentos y grandes victorias si los ciudadanos no son capaces de asimilar todo ello y tratar de hacer historia para que sean ellos el ejemplo que deban emular los que vengan después.

Por último, en un discurso pronunciado en octubre de 1933, Mussolini exalta la raza italiana al defender la “paz romana”: “paz conforme al carácter y al temperamento de nuestra raza latina y mediterránea [...] que ha dado al mundo un César, un Dante, un Miguel Ángel, un Napoleón y otros mil” (vol. VIII, pág. 260). Usa cuatro personajes de gran relevancia en la historia de Europa y del mundo para reflejar hasta qué punto la raza italiana es la más gloriosa. Utiliza a personajes de todas las épocas: César, el más conocido político de toda la Roma antigua y que toma como principal referente junto a Augusto; Dante, principal representante del Renacimiento italiano (el segundo periodo de grandeza de la historia de Italia, según *il Duce*); Miguel Ángel, el más laureado pintor y escultor del cinquecento italiano y Napoleón, a quien introduce dentro de la raza italiana porque nació en la isla de Córcega. Cuando nació Bonaparte, la isla pertenecía a Francia y, por tanto, él era francés. Pero en el S. XX, Córcega era italiana y, por ello, introduce dentro de esta lista al último gran emperador de Europa. Todos estos personajes son ejemplo de lo que la raza italiana puede llegar a ser.

## Los bárbaros, enemigos de Italia

En la antigua Roma las fronteras del imperio estaban muy bien marcadas por ríos, lagos u otros elementos de la naturaleza. A todo aquel que se encontraba fuera de territorio romano se lo consideraba extranjero y extraño. A ellos, los griegos primero, y los romanos después, los llamaron “bárbaros” (*βάρβαροι*: “extranjeros”). Mussolini empleará la misma fórmula para hablar de sus enemigos. Cuando se refiere a ellos durante la Gran Guerra, es extraño que los catalogue de otra manera que no sea con esta palabra griega.

Durante la Gran Guerra, Mussolini utiliza la figura de un gran revolucionario socialista italiano del s. XIX, Filippo Corridoni, que defendía, al igual que el futuro *Duce*, la intervención militar en la guerra: “en el alma de Filippo Corridoni el intervencionismo nació del impulso de defensa de la raza latina contra la tribu bárbara de los pies planos (como decía Blanqui), que intentó de nuevo descender de sus nebulosas llanuras e invadir las soleadas playas de nuestro Mediterráneo” (vol. I, pág. 292). Mussolini introduce aquí una doble antítesis semántica entre los italianos y los bárbaros. En primer lugar, habla de los italianos como “raza italiana” frente a “tribus bárbaras”. De esta manera, claramente, quiere que se perciba a los enemigos como gentes que vienen de una sociedad distinta, alejada e incluso inferior a la cultura y a la forma de vida italianas. Ensalza la raza italiana frente a los bárbaros que vienen de fuera y tienen intención de “de descender de nuevo” como ya hicieron sus antepasados bárbaros contra el antiguo imperio romano. La segunda antítesis la establece entre las “nebulosas llanuras” en donde habitan los enemigos, un lugar sombrío y poco apetecible, y “las soleadas playas de nuestro Mediterráneo”, un lugar completamente distinto a aquel de donde provienen los bárbaros y, por supuesto, mucho más favorable y bello. Así quiere dejar clara la diferencia tan evidente que hay entre los italianos y sus enemigos del centro de Europa tanto en su forma de vida como en el lugar que habitan.

En un artículo publicado en noviembre de 1917 en el *Popolo d'Italia*, ante una batalla que se va a producir a las orillas del río Tagliamento, plantea esta pregunta: “¿tendrá, pues, lugar en la llanura del Tagliamento el nuevo gran choque entre los mediterráneos y los teutones, entre la civilización y la barbarie?” (vol. I, pág. 302). Vuelve a establecerse una antítesis de términos con la idea de enfrentar a ambas naciones. Mussolini presenta a los italianos como “los mediterráneos” y “la civilización” frente a los austro-húngaros, a quienes llama “teutones” y “la barbarie”. Es obvio que Mussolini, al hablar de ellos mismos como “los mediterráneos”, lo que hace es evocar el pasado, el Imperio romano, señor y amo del Mediterráneo cuando realmente era un *mare nostrum*. Llama así a los italianos porque entiende que ellos son los descendientes directos de esos romanos que lo dominaron. A los austro-húngaros los llama “teutones”, nombre que recibían los habitantes de esa zona de la Germania durante el Imperio romano. Por otro lado, establece la diferencia entre ellos y los austro-húngaros basándose en que los italianos son “la civilización”, porque, desde la antigua Roma, han liderado los avances sociales y políticos, han sido los representantes y dueños del mundo conocido durante más de un milenio. Mientras que los habitantes de

centro-Europa son los representantes de “la barbarie”, porque fueron los causantes de la caída del Imperio romano y porque vivían en sociedades mucho menos estructuradas y avanzadas que la sociedad en la que vivían los romanos.

En la siguiente página (vol. I, pág. 303), Mussolini plantea la siguiente pregunta: “¿Tendremos bastante hierro –astillas de granada, acero para bayonetas– para exterminar el mayor número posible de hunos?”. Emplea una metonimia, pues a través de los hunos quiere hacer referencia a los austro-alemanes. Recurre al pueblo bárbaro más temido y sanguinario de la antigüedad para hablar de sus enemigos. Los hunos, que venían de Asia, fueron los mayores causantes de la movilización hacia el sur de los pueblos germanos; la potencia bélica que ostentaban provocó que pueblos como los ostrogodos, los visigodos o los francos tuvieran que salir del lugar donde vivían y descender hacia tierras romanas, lo que provocó finalmente la destrucción del Imperio romano occidental. Así, compara a sus enemigos en la guerra con uno de los enemigos más importantes a los que tuvieron que hacer frente sus antepasados romanos: por tanto, por extensión, los italianos, como hicieron los romanos, tienen que enfrentarse a un potente enemigo bárbaro.

En otro artículo del *Popolo d'Italia* de noviembre de 1917, titulado “No irán más allá”, Mussolini destaca algunas incursiones enemigas que han penetrado y se han mantenido en territorio italiano y la necesidad de recuperar esos territorios: “La invasión de las tres provincias del Véneto es un aguijón que hemos de tener siempre clavado en nuestras carnes y en nuestra alma. [...] Contenida la invasión, un solo y único propósito ha de tener en tensión todas nuestras energías: echar de nuestro suelo a los bárbaros” (volumen I, pág. 316). Entiende que la necesidad primordial que tiene Italia es recuperar esos territorios que han sido invadidos por los bárbaros. Más adelante, en la misma página, explica por qué es tan importante la recuperación de ese territorio, y no es por la importancia de tener en su poder viejos territorios de la patria italiana, sino que permitir estas incursiones y no acabar con quienes han invadido tierras italianas puede ser visto como un signo de debilidad de las huestes italianas, lo que Mussolini entiende como una “deshonra ante el mundo”.

## Italia y Roma: la idealización de la *romanità* fascista

Una de las ideas centrales y capitales del fascismo italiano iniciado por Mussolini es la idealización de la Roma antigua. Canfora en *Ideologías de los estudios clásicos* destaca que “la orientación fascista de exaltación obsesiva del mundo romano es un fenómeno detectable desde los orígenes del movimiento fascista” (1991: 82-83). *Il Duce*, desde el principio, entiende que Italia solo podrá alcanzar la grandeza que tuvo en el pasado si busca igualar o superar lo que el Imperio romano hizo casi dos milenios atrás. Tanto es así que “el fascismo podría definirse en cierta forma como la última tentativa de volver a implantar una hegemonía de impronta clásica” (Cánfora, 1991: 83). Por tanto, el fascismo muestra abiertamente su alabanza continua a la antigua Roma, no solo con hechos, sino que se convierte en un tópico constantemente utilizado por Mussolini en sus escritos y sus discursos.

Este, en un artículo escrito en noviembre de 1918 en *Il Popolo d'Italia*, narra cómo la guerra ha concluido con la victoria de la Entente frente a los países centrales. Al principio del artículo escribe estas palabras: “las demás fechas famosas de nuestra historia plurimilenaria palidecen comparadas con la última decena de octubre de 1918” (vol. I, pág. 387). Mussolini no solo compara aquí Italia con Roma, sino que entiende que lo que han conseguido los italianos ahora es superior a cualquier acontecimiento del pasado. Considera que los éxitos alcanzados las últimas semanas de la guerra son más gloriosos que cualquier fecha anterior de la historia de Italia. De este modo, la victoria sobre los alemanes en Vittorio-Véneto en 1918 estaría por encima de episodios de la historia como la batalla de Zama (202 a. C.), la anexión de la Galia a la República romana por Julio César (51 a. C.) o la conquista total de Hispania durante el gobierno de Augusto (19 a. C.), entre otros acontecimientos de gran relevancia e importancia de la historia de Roma. Mussolini distorsiona evidentemente el pasado con esta afirmación. Busca que sus lectores se retrotraigan a los episodios más gloriosos de Italia y piensen que el acontecimiento que acaba de ocurrir supera a todos ellos. Usa a Roma y sus históricas victorias para exaltar lo conseguido en el Véneto.

En septiembre de 1920, pronuncia un discurso en Trieste<sup>10</sup>. En él incluye una larga reflexión sobre la importancia de Roma en el pasado y en la actualidad (vol. II, pág. 105-106). Defiende que la civilización de su tiempo no podría ser posible sin la existencia y el conocimiento de la historia de Roma porque “Roma es el nombre que llena toda la historia por veinte siglos. Roma es la señal de la civilización universal” (pág. 105)<sup>11</sup>. Según él, Roma es el baluarte de la civilización no solo europea sino de

---

<sup>10</sup> Son varias las ocasiones en que *il Duce* acude a Trieste. Este fue uno de los territorios adquiridos por Italia tras la victoria en la Gran Guerra contra el Imperio austrohúngaro. Con la firma del Tratado de Saint-Germain-en-Laye en 1919 Italia anexiona algunos territorios fronterizos con Austria-Hungría. Mussolini visita constantemente esta ciudad para destacar su pertenencia al reino italiano.

<sup>11</sup> El concepto que Mussolini tiene sobre Roma como base de la civilización y la humanidad lo observamos en muchos otros discursos: “es un destino que Roma vuelva a ser la ciudad directriz de la civilización en todo el Occidente de Europa [...]. [Debemos] transformar Italia en una de las naciones sin las cuales sea imposible concebir la historia futura de la humanidad” (vol. II, págs. 156-157); “la única ciudad que a orillas del Mediterráneo, fatal y regido por el hado, ha creado el imperio, es Roma” (vol. V, pág. 125); “el régimen fascista imprimirá su indeleble sello en el vigesimotercer siglo de la historia de

todo el mundo y por ello considera imprescindible, para que un ciudadano sea además civil, que conozca qué hizo Roma, independientemente de que ese ciudadano sea italiano o japonés. El régimen fascista buscaba la creación de un Imperio “civilizador”, no como el imperialismo “de explotación” propio de las potencias coloniales burguesas (Canfora, 1991: 73). Sabe que la única vía para que el legado y la historia de Roma lleguen a todos los rincones del mundo es a través de la institución que más la ha preservado, la Iglesia: “A través del cristianismo, Roma encuentra su forma y el modo de regirse en el mundo” (pág. 105). No se podría rescatar la romanidad sin el cristianismo y sin la Iglesia católica ya que es la heredera histórica del universalismo romano. Además, la ideología de la Iglesia es contraria al liberalismo y al socialismo y, por tanto, compartía bastantes de los rasgos que el fascismo se confería a sí mismo (Canfora, 1991: 73). Roma ha de convertirse de nuevo en el referente de civilización y humanidad para las generaciones futuras, al igual que lo ha sido para las pasadas y presentes generaciones la figura de la Roma antigua.

En este mismo discurso, Mussolini, continúa con la idea de que el conocimiento de Roma es básico para la estabilidad de la civilización y añade que “se encuentran [...] tribus [...] que pretenderían [...] suprimir y suplantar esta nuestra civilización, dos veces milenaria, que se prepara para el tercer milenio” (vol. II, pág. 107). Aquí Mussolini habla de la llegada de un “tercer milenio”. Se puede entender esta idea desde dos puntos de vista: por un lado, puede hacer referencia a que en menos de un siglo, el mundo estaría en el inicio del año 2000, lo que supone, cronológicamente, el inicio del tercer milenio. Pero, por otro lado, Mussolini puede estar utilizando la palabra “milenio” de una forma figurada queriendo decir que Italia había conseguido en dos ocasiones realizar un gran periodo de su historia (el Imperio romano y el Renacimiento) y que se encuentra muy cerca de alcanzar el “tercer milenio” que sería el liderado por un fascismo que conseguiría devolver a Roma el papel en el mundo que se merece. Sin embargo, en un discurso posterior, Mussolini extiende esos tres periodos de la historia de Italia a cuatro: “Italia ha superado espléndidamente la prueba de la guerra, que quiere la paz, y que demuestra con eso estar en situación de iniciar el cuarto y más luminoso periodo de su historia” (vol. II, pág. 245). No dice aún cuáles son esos tres periodos anteriores, pero se está refiriendo seguramente al Imperio romano y al Renacimiento y por último añadiría un tercer periodo que sería el *Resurgimiento*<sup>12</sup> del s. XIX. De esta manera, el régimen fascista se convertiría en el cuarto y, además, sería el “más luminoso periodo de su historia”.

Se sabe que son estos los periodos a los que se refiere gracias a un discurso pronunciado por *il Duce* en junio de 1923 en Venecia (vol. III, pág. 125-127). Hace un análisis claro de qué periodos de la historia han sido los de mayor esplendor y grandeza

---

Roma” (vol. V, pág. 198); “nosotros somos los que hemos decapitado todas las pequeñas capitales para hacer de Roma la gran Roma imperial, el alma inmensa del mundo latino” (vol. VI, pág. 318); “sin la página de la historia de Roma, la historia universal estaría incompleta y sería incomprensible una gran parte del mundo contemporáneo” (vol. VIII, pág. 30).

<sup>12</sup> Se trata del movimiento político y social que unificó en un único estado a diferentes estados de la península italiana (1815-ca. 1871), muchos de ellos en poder de dinastías extranjeras como los Habsburgo.

para Italia y comenta brevemente todos ellos: “éramos ya grandes, y en muchas partes del mundo ahora habitado no habían nacido aún los pueblos; habíamos encendido el hacha luminosa de maravillosas civilizaciones, y el mundo conocido estaba envuelto aún en sombras de barbarie” (pág. 126). Esto correspondería al primer gran periodo de la historia de Italia, Roma y el Imperio romano. Roma es el inicio de la civilización, y por mucho que en el s. XX hubiera naciones de mayor poder que Italia, nunca llegarían a tener la historia que ella tiene, pues los italianos eran ya hombres “civiles” cuando esas naciones tan poderosas en la actualidad o bien ni habían nacido o bien estaban “envueltas en sombras de barbarie”. “Pareció, después de llegado el Imperio a la soberbia cumbre de su excelsitud, que nuestra civilización iba a atravesar gran abatimiento y casi de ruina; pero en aquella misma situación de decadencia maduraban los gérmenes de una nueva vida, y vino, tras el eclipse, el glorioso Renacimiento” (pág. 129). Establece el antiguo Imperio romano como la “cumbre de su excelsitud” y por tanto, el resto de periodos que va a nombrar son también una gran etapa de la historia de Italia, pero ninguno de los otros dos será superior a ese Imperio. Tras este, Roma y la civilización sufren unos siete siglos de “eclipse”, la Edad Media. Ve en esa era el periodo más sombrío y bárbaro de la historia de Europa: no le interesa nada de lo que hubiera podido aportar y, por tanto, lo describe como unos siglos de sombras. Pero, tras esas sombras, el sol volvió a brillar en Europa gracias a los italianos, e Italia se convirtió, por segunda vez, en el centro de la cultura y la civilización occidental con la llegada del Renacimiento (con los Dante, Petrarca, Leonardo Da Vinci, etc.). Continúa diciendo: “Habían de suceder otros siglos de eclipse, pero se produjo el nuevo prodigio del Resurgimiento. Hace apenas un siglos –desde 1820– que Italia ha vuelto a caminar por las vías marcadas del destino” (págs. 126-127). Por tanto, el tercer período de grandeza italiana lo marcaría el Resurgimiento del s. XIX. Tras la eclosión renacentista, volvió a producirse una época anticlásica, romántica, en la que Italia tuvo un papel meramente testimonial en los grandes sucesos de Europa. Pero, tras la fractura surgida en Italia durante estos siglos, los italianos volvieron a hacer renacer ese espíritu y decidieron unirse de nuevo en una única nación: ese sentimiento de unidad sigue presente cuando Mussolini escribe estas líneas. El cuarto periodo de la *Romanità* correspondería, pues, al que el régimen fascista está intentando crear desde su llegada al gobierno tras la marcha sobre Roma. Pretendía que este cuarto periodo pusiera punto y final al *Resurgimiento* para entrar en una nueva etapa dominada por los fascistas y que se convertiría en la más excelsa de todas.

Importantísimo es el discurso que *Il Duce* pronunció en Bolonia el 3 de abril de 1921 en el que pone las bases esenciales del pensamiento fascista. Entre estas bases el nuevo movimiento político rechaza el 1° de mayo, fecha para ellos socialista, y toma como día oficial del fascismo el 21 de abril, fecha de la fundación de Roma en el 753 a. C.<sup>13</sup>. Mussolini se expresa con estas palabras: “si los socialistas tienen el 1° de mayo, si los populares tienen el 15 de mayo, [...], nosotros, los fascistas, tendremos una, la del

---

<sup>13</sup> En un discurso posterior, Mussolini deja claro que él fue quien impulsó esta fecha como día oficial de los fascistas a sus compañeros: “la propuesta de escoger la jornada del Fascismo el 21 de abril partió del que traza estas líneas” (vol. II, pág. 297).

nacimiento de Roma: el 21 de abril. En ese día, bajo el signo de la Roma eterna, bajo el signo de la ciudad que ha dado dos civilizaciones al mundo y dará la tercera, nosotros nos reuniremos, y las legiones regionales desfilarán con nuestra orden, que no es militaresca ni siquiera tudesca, sino simplemente romana” (vol. II, pág. 174). Durante el gobierno fascista, serán dos las fechas utilizadas para la inauguración de eventos o construcciones: el 28 de octubre (día en el que se produjo la marcha sobre Roma) y el 21 de abril (día de la fundación de Roma). Mussolini busca equiparar ambos acontecimientos basándose en que en ambas fechas se produjo un nacimiento: el 21 de abril el nacimiento de Roma y el 28 de octubre el nacimiento de la Italia fascista. Esta última fecha se convirtió también en el día oficial del partido fascista. Mussolini busca que sean sus adeptos los representantes de los antiguos romanos, que sean ellos quienes caminen abanderando la *Roma aeterna* y, por tanto, son los únicos que pueden conseguir que Italia se convierta por tercera vez en el referente de Europa. Cuando *il Duce* habla de “desfile con orden romana”, se refiere al hecho de desfilar agrupados, en líneas rectas perfectas y usando el llamado saludo romano<sup>14</sup>, uno de los gestos más destacados de la simbología fascista. Respecto a esto, en la misma página 174, añade lo siguiente: “no somos nosotros los que copiamos a los tudescos, sino estos los que copiaban y copian a los romanos, por lo cual somos nosotros los que volvemos a los orígenes, los que retornamos a nuestros estilos romano, latino y mediterráneo”. Critica a los que reprochan a los fascistas sus marchas militares por ser estas semejantes a las de los alemanes, y eso que el nacionalsocialismo no había alcanzado aún el poder en Alemania, puesto que no se dará tal acontecimiento hasta las elecciones de 1933. Niega esto y defiende que son los alemanes quienes han tomado como suyo el estilo de desfile militar propio de los antiguos romanos y por tanto no son los italianos quienes copian a los alemanes sino que los fascistas han retomado el estilo romano del que son descendientes y que defienden como propio por derecho.

Un año más tarde, el 21 de abril de 1922, Mussolini publica en *Il Popolo d'Italia* un artículo con el título de “Pasado y porvenir” busca la reconsagración del nacimiento de Roma como el día oficial de todos los fascistas italianos (vol. II, págs. 297-299). El nombre que le da al artículo ya nos permite ver la importancia que otorga a la historia como herramienta indispensable sobre la cual hay que impulsarse para mirar al futuro con determinación y conseguir así los éxitos que Italia se merece. No solo hay que conocer la historia sino que hay que servirse de ella para alcanzar la gloria. Conocer la historia no sirve de nada si no se utiliza en beneficio propio, de tal modo que teniendo “el pasado” como base, los italianos lograrán “un porvenir” que nada desmerezca a los acontecimientos más exitosos de los antiguos romanos: “celebrar el natalicio de Roma tanto vale como celebrar nuestro tipo de civilidad, significa exaltar nuestra historia y

---

<sup>14</sup> El saludo romano es posiblemente el signo fascista más conocido. Sin embargo, el origen de este no lo es tanto. Podemos ver el saludo romano en obras artísticas de la antigüedad como en algunos relieves de la columna de Trajano, en la escultura ecuestre de Marco Aurelio situada hoy en la Plaza Capitolina de Roma o en estatuas de Augusto. Pero también aparecerá en la pintura decimonónica con obras pictóricas tan importantes como “El juramento de los Horacios” (1784) de Jacques-Louis David. El fascismo usa como referencia el arte para introducir este símbolo romano a la simbología fascista y posteriormente será copiado por el nazismo.



nuestra raza, apoyarse firmemente en el pasado como medio de lanzarse hacia el porvenir” (pág. 297). Mussolini deja claro cómo es la Roma que el fascismo quiere traer de vuelta y en qué Roma se basará su régimen fascista: “la Roma que nosotros honramos, pero sobre todo la que nosotros anhelamos y preparamos no es la de las piedras insignes, sino la de las almas vivas; no es una contemplación nostálgica del pasado, sino una dura preparación del porvenir” (pág. 298). Los fascistas no solo alaban o exaltan la Roma antigua sino que, como dice Mussolini, también la “anhelan” y “se preparan” para ella. No es un sentimiento puramente patriótico, es decir, no solo reconoce la importancia y el poder que tuvo la Roma antigua y lo grande que esta fue por los territorios conquistados y por los hombres que en ella habitaban, sino que también ambiciona devolver a Italia esa importancia y ese poder tomando como base “las almas vivas” que habitan dentro de los italianos, descendientes de los antiguos romanos, y para lograrlo hay que mirar a la historia de forma desafiante, hay que contemplar el pasado no “con nostalgia” sino tomándolo como base para la “preparación del porvenir”. En la misma página añade: “nosotros soñamos la Italia romana, sabia y fuerte, disciplinada e imperial. Mucho de lo que fue el espíritu inmortal de Roma resurge en el Fascismo; romano es el Littorio, romana es nuestra organización de combate, romano es nuestro orgullo y nuestro valor”. El fascismo quiere convertirse en la nueva Roma imperial pero tomando de ella solo los mejores aspectos y considera que son sus militantes y seguidores quienes han tomado el relevo del “espíritu inmortal de Roma” porque son los únicos que quieren realmente devolver a Italia el papel que se merece en el Mediterráneo y en el mundo. Esta misma idea se ve reforzada en un discurso posterior: “pensamos hacer de Roma el corazón pulsante, el espíritu solícito de la Italia imperial que nosotros soñamos” (vol. II, pág. 333)

Argumenta esto poniendo como ejemplo algunos aspectos fascistas directamente relacionados con la antigua Roma. Primero menciona el *littorio* (arma-símbolo que portaban los lictores encargados de escoltar y abrir paso a aquellos magistrados curules con *imperium* y que servía para disuadir a la gente)<sup>15</sup>. El fascismo recupera este instrumento de la Roma antigua, lo convierte en el principal símbolo de su régimen y lo introduce en la bandera italiana. A través de él, *il Duce* quiere representar no solo su aspiración de *romanità* sino que también pretende mostrar el *imperium* del régimen. Por otro lado, también destaca la organización de combate del fascismo que emulaba al ejército romano. Los soldados eran agrupados de forma simétrica y acompasada durante los desfiles militares con el fin de imitar las legiones romanas. Era costumbre ver a Mussolini, junto a sus soldados, subido a lomos de un caballo, haciendo siempre el saludo romano. Todo ello refleja su deseo de identificarse con los grandes generales romanos.

Concluye este discurso destacando que Italia, de nuevo, vuelve a ser romana: “Italia ha sido romana por primera vez después de quince siglos, en la guerra y en la victoria: debe ser –ahora– romana en la paz y esta romanidad renovada y renovándose tiene el nombre de: disciplina y trabajo. Con estas ideas, los fascistas italianos recuerdan

---

<sup>15</sup> Cf. Muñiz Coello (1989), pp. 133-152.

hoy el día en que hace dos mil setecientos cincuenta y siete años se trazó el primer surco de la ciudad cuadrada<sup>16</sup>, destinada después de pocos siglos a dominar el mundo” (pág. 299). Según él, Italia no había vuelto a sus raíces romanas desde que cayó el Imperio. Se olvida en este momento de los otros periodos de la historia que él mismo nos ha recordado en otros discursos (el Renacimiento y el Resurgimiento del s. XIX). Su intención es mostrar al pueblo que han logrado hacer lo que los italianos no habían logrado desde hace más de mil años y que la única forma de mantener esta *romanità* es a través del fascismo, pues es el único régimen que puede traer a Italia “disciplina y trabajo”. Mussolini habla de “paz romana”, idea que volverá a introducir en un discurso bastante posterior, en 1933: “paz con honor y con justicia es paz romana, la que dominó los siglos del Imperio” (vol. VIII, pág. 260). De esta manera, defiende que los italianos que se han comportado romanamente en la guerra, ahora tienen que hacerlo igual en la paz. Hay que mirar al pasado romano e intentar copiar y superar la paz augústea que dominó el Mediterráneo durante siglos. Esta paz no supone el fin de los enfrentamientos bélicos, sino que hay que mantener Roma e Italia sin disputa interna ninguna, al mismo tiempo que se busca ampliar los dominios del Imperio, como intentará hacer con las ocupaciones de Etiopía y Albania. En junio de 1924, en el Foro romano pronuncia Mussolini un discurso en el que explica cómo hay que comportarse con los enemigos una vez han sido conquistados sus territorios: “[Roma] era severa en la guerra [...] cuando los pueblos reconocían su superioridad, ella los acogía en su seno; los hacía ciudadanos suyos” (vol. IV, pág. 149). Mussolini no solo quiere hacerse con los territorios que le pertenecen al Imperio romano, sino también introducir, dentro del Imperio fascista que está por venir, a los habitantes que van a ser conquistados. El fascismo tiene que lograr lo mismo que la antigua Roma: acoger dentro del Imperio a los ciudadanos de los pueblos sometidos, introducirlos dentro de la civilización italiana y darles unas normas que deben seguir como el resto de habitantes.

Por último, vuelve a mencionar el día en el que se está pronunciando este discurso, el 21 de abril, recordando cuántos años han pasado desde la fundación de Roma hasta hoy.

Cuatro días antes de la marcha sobre Roma, Mussolini pronuncia un discurso en Nápoles. En una parte de este explica qué es para los fascistas la “nación” y cuándo una nación se hace grande. Entiende que no importa la grandeza del territorio para valorar lo grande que es una nación sino que lo que más valora es el espíritu que alientan en sus habitantes respecto a su Estado. Para reflejar concretamente esta idea se vuelve a apoyar en la Roma antigua: “una nación es grande cuando traduce en la realidad la fuerza de su espíritu. Roma era grande cuando de pequeña democracia rural, poco a poco inundó con el ritmo de su espíritu toda Italia; luego se encuentra con los guerreros cartagineses y se

---

<sup>16</sup> Se refiere al *pomerium*: línea fronteriza sagrada que era trazada en el suelo y que servía para la fundación de una ciudad. Para trazarla tenía que estar presente un sacerdote y el arado debía estar tirado, normalmente, por dos bueyes blancos o uno blanco y otro negro y el surco solo se levantaba en aquellos lugares donde iban las puertas. Roma era realmente lo que se encontraba dentro de esa línea, los territorios exteriores a ella simplemente eran conquistas llevadas a cabo por la ciudad de Roma.

bate con ellos [...]. Después [...] lleva las águilas<sup>17</sup> a los más extremos confines de la tierra, pero todavía y siempre, el Imperio romano es una creación de espíritu, porque las armas, antes que por los brazos, eran apoyadas por el espíritu de los legionarios romanos” (vol. II, pág. 370). Mussolini destaca el espíritu imperialista y conquistador de los romanos desde sus más humildes orígenes. Pone el foco en que Roma era una “pequeña democracia rural” para exaltar cómo siendo un territorio insignificante, gracias a la fuerza de su espíritu, consiguió convertirse en la dueña de Italia primero y del Mediterráneo después. Del mismo modo tiene que actuar Italia, pues es heredera de ese espíritu que está vivo en las almas de los italianos. De forma escalonada, cuenta sintetizada y cronológicamente las conquistas que realizó Roma: primero se hace con toda Italia, después vence a los cartagineses convirtiéndose en dueña del Mediterráneo y por último anexiona una gran cantidad de territorios. Y todo ello lo consigue no porque los legionarios romanos fueran más diestros en la batalla que sus enemigos, sino porque albergaban un espíritu imperialista que permitió a Roma ser el Imperio más grande jamás visto en Europa. Y ese espíritu que continuamente menciona en este fragmento no es solo propio de esos romanos, deja claro que “todavía y siempre” ese sentimiento imperialista y de conquista sigue vivo y que los italianos deben nutrirse de él para lograr volver a poner a Italia en el lugar que se merece ya que será un espíritu que “siempre” pervivirá en el corazón de la raza italiana.

Durante un discurso en la Asociación Nacional de Mutilados de Guerra, Mussolini hace una exaltación nacional de lo que representó la marcha sobre Roma y lo compara con los pueblos antiguos que se dirigían a la “ciudad eterna”: “la marcha sobre Roma tiene ya el aspecto admirable y grandioso de la leyenda [...] a Roma afluyeron aquellas columnas<sup>18</sup> con un sentimiento que yo conocía bien, con un sentimiento bastante análogo al que debió de alentar a ciertos pueblos de remotas edades que se precipitaban hacia la ciudad eterna” (vol. III, pág. 97). No duda en catalogar la marcha sobre Roma como un acontecimiento legendario de la historia de Italia y, por tanto, no menor que otras insurrecciones militares como la de Julio César frente a Pompeyo. Regresa a la idea del sentimiento, del espíritu de los soldados siendo este semejante al de pueblos antiguos que decidían penetrar en Roma. Pocas líneas después explica cómo ese sentimiento “era una mezcla de rencor y de amor sin límites: rencor, porque veían en Roma no simplemente la Roma secular, la ciudad eterna, sino también la Roma de los abyectos politicastos, de los burócratas anquilosados, de los mercachifles y de los especuladores. Sin embargo, paralelamente a este desprecio, sentían un amor sin límites a esta ciudad de los orígenes lejanos y misteriosos, uno de los centros del espíritu en todas las épocas de la historia, la urbe de los cuatro millones de habitantes en tiempo de

---

<sup>17</sup> Cada legión romana tenía un estandarte en forma de águila. Estas águilas eran el emblema más importante de la legión y la pérdida de ella suponía una gran deshonra. Aquí Mussolini hace una metonimia y utiliza estas águilas para decir que Roma “lleva las ‘legiones’ a los más extremos confines de la tierra”. Este recurso estilístico no lo crea Mussolini sino que era bastante usual en la literatura romana. Mussolini lo que hace es imitar, de nuevo, a los autores latinos: *Aquilae duae, signa LX sunt relata Antonii: res bene gesta est. A. d. XVI. K. Mai. ex castris* (Cicerón, *Epistularum ad familiares*, L. X, 30).

<sup>18</sup> Las columnas de soldados que apoyaron la marcha sobre Roma y acompañaron a Mussolini en la revolución fascista.

Augusto y de los pocos millares de almas en los tiempos oscuros de la Edad Media: la ciudad que había de llegar a ser lo que se prepara a ser: el corazón poderosísimo de nuestra vida mediterránea” (vol. III, pág. 97). Contrapone dos sentimientos completamente opuestos: “rencor” y “amor”. Mussolini utiliza a pueblos de la antigüedad para reflejar lo que los fascistas sintieron al entrar en Roma. A través de ellos muestra el desaliento que sentían al ver en manos de los socialistas el gobierno de Italia y, por tanto, de “la ciudad eterna”. De esta manera justifica la marcha sobre Roma en el hecho de que la nación estaba gobernada por una minoría de burócratas que, según él, llevarían a Italia al desastre. Pero también utiliza estos pueblos para explicar el sentimiento de amor y de cariño que los fascistas sintieron al entrar en Roma. Llama a Roma “uno de los centros del espíritu en todas las épocas” y para defender ese espíritu menciona las dos épocas más diferentes de Roma: por un lado, menciona la Roma más grande de la historia, la gobernada por Augusto y que se convirtió en la ciudad más habitada y más cosmopolita de su tiempo, y, por otro lado, habla de la Roma medieval, decadente y abandonada con unos pocos miles de personas. Pero en ambas épocas, en Roma pervivió ese espíritu que le caracteriza y que nunca muere. Incluso en los peores momentos de su historia, Roma estaba claramente destinada a ser el baluarte del Mediterráneo y en época de Mussolini “se prepara para ser el corazón poderosísimo de nuestra vida mediterránea”.

*Il Duce* pronuncia un discurso en abril de 1923 sobre la emigración. En él exalta lo que Roma y el pueblo romano han supuesto y aún suponen para la vida y la civilización occidental: “Hace dos mil años Roma era el centro de un imperio que no tenía confines sino en los últimos límites del desierto, que Roma dio la cultura, su gran cultura jurídica, sólida como sus monumentos, a todo el mundo, y que realizó un prodigio tal, que aún hoy nos conmueve hasta las últimas y más recónditas fibras” (vol. III, pág. 108). A través de la hipérbole, busca que el oyente de su discurso se dé cuenta de lo grande que fue Roma ya que su único límite eran las arenas y dunas del desierto. Menciona también uno de los aspectos más importantes que ha dado Roma a la cultura occidental, la “cultura judicial”. El derecho romano es la base sobre la cual se ha sustentado y se sustenta toda la legislación actual no solo de Italia sino de toda la civilización de Occidente. Tanto es así que la compara con los monumentos que aún perviven desde hace más de dos mil años en las calles de toda Europa y parte de Oriente. De este modo, Mussolini trata de concienciar sobre la importancia que ha tenido y sigue teniendo Roma en todos los aspectos de la vida: desde la política territorial, hasta la cultura y la legislación.

Mussolini entiende que para llevar a su nación al lugar que le corresponde dentro del mapa europeo y mundial, Roma debe estar dentro de Italia. No puede concebir una nación italiana sin que su capital sea la *Roma aeterna* que tanto anhela: “Roma es el símbolo imperecedero de nuestra vitalidad de pueblo. ¡Teniendo Roma, tenemos la nación!” (vol. III, pág. 196). Sin Roma, se rompe la idea que sustenta su ideario imperialista. Ve a Roma no solo como una gran urbe sino que es un símbolo que alberga tanto significado, tanta importancia para la raza italiana, que intantar concebir una Italia

sin Roma le resulta imposible. Es más, por muchos territorios que Italia pueda conquistar, por muchos pueblos que el fascismo pueda someter, la nación italiana se concentra en un único lugar, Roma, la ciudad eterna que alumbró a Europa durante tantos siglos y que Mussolini pretende que vuelva a brillar con la misma fuerza durante su gobierno. *Il Duce* pronuncia un discurso el 30 de octubre de 1923 durante la celebración del primer aniversario de la marcha sobre Roma. Defiende por qué se decidió tomar Roma usando el anterior argumento de que la *urbs* debe estar siempre dentro y en el núcleo central de Italia: “no se podía pensar en asumir un cúmulo de responsabilidades sin tomar Roma. Roma es verdaderamente el signo fatal de nuestra stirpe. Roma no puede existir sin Italia, pero Italia no puede existir sin Roma” (vol. III, pág. 261). Mussolini expone que el fascismo no podía pensar en gobernar seriamente la nación sin tomar Roma. Esta idea es doblemente cierta para el ideario fascista. Ningún golpe de Estado puede llegar a buen término si no se consigue dominar la capital. Mussolini sabe que sin controlar la capital, en donde se encuentra el poder financiero, ejecutivo y legislativo del país, la insurrección no podía alcanzar el poder. Pero también, teniendo en cuenta el contexto, piensa que aún habiendo dominado la gran mayoría de los territorios de Italia, y habiendo encerrado al gobierno anterior en la capital, simbólicamente, aún no habían conquistado nada, porque el concepto de nación italiana se encuentra profundamente arraigada en Roma y sin Roma, no tienen Italia. Tanto es así que “Italia no puede existir sin Roma”, aunque el fascismo se apodere de todos los territorios de Italia, aunque someta a todos sus enemigos en todas las regiones de la península italiana, si no conquista Roma, no tendrá nada. En un discurso posterior, para defender esta idea se hace eco de las palabras de Bettino Ricasoli<sup>19</sup>: “Italia es preciso que esté en Roma, y Roma es preciso que esté en Italia. Venecia ha de serlo también y lo será a su tiempo; pero para formar Italia espiritualmente es necesario Roma, y Roma la tendremos cueste lo que cueste: Italia sin Roma es un cuerpo muerto” (vol. VIII, pág. 30). Mussolini piensa lo mismo que este dirigente del Resurgimiento italiano. Ricasoli habla durante el movimiento unificador de Italia y pone el foco en dos ciudades: Roma y Venecia. Considera necesaria la incorporación de ambas urbes a la Italia que se está formando, pero Roma debe ser tomada de inmediato, mientras que Venecia, aunque es también importante, puede tardar más en ser anexionada. Entiende que Italia está formada por todos los territorios de la península itálica pero que, aunque se consiguieran conquistar todos ellos, si Roma no se adhiere a la nación italiana no habría nación. Se podría construir un país pero no sería Italia porque “espiritualmente” lo que le da carácter de nación es Roma.

El 21 de abril de 1924, Mussolini, nacido en la Emilia-Romaña, recibe oficialmente la ciudadanía de Roma y escribe un discurso titulado “Por la ciudadanía de Roma” (vol. IV, págs. 91-94). Nuevamente, esta fecha no la eligió por azar, sino que quería simbolizar este reconocimiento añadiéndole la importancia que tiene para un romano el 21 de abril y a esto hay que sumarle que era el día oficial de los fascistas italianos. “Cuando pude peregrinar entre las vivientes reliquias del Foro y a lo largo de la Vía Appia o en los grandes templos, a menudo meditaba [...] sobre el misterio de la

---

<sup>19</sup> Uno de los líderes del Resurgimiento del s. XIX.

continuidad de Roma (pág. 92). Habla sobre cómo desde su juventud ya anhelaba devolver a Roma la posición en el mundo que se merece. Cuando caminaba por los restos más importantes de la Roma antigua sentía que esos lugares aún eran “vivos”. No ve los restos del Foro, la Vía Appia o de los templos como simples ruinas de lo que Roma fue hace miles de años, sino que siente aún viva esa Roma y desde el principio nace en él el deseo de darle continuidad. Considera ese “misterio de Roma” el elemento clave para entender cómo consiguieron llegar a dominar el mundo: “la sediciosa crítica histórica [...] es incapaz de decirnos por qué [...] un pequeño pueblo de campesinos y de pastores pudo paso a paso convertirse en potencia imperial, y cambiar el curso de pocos siglos el oscuro pueblo de chozas sobre la ribera del Tíber, en una urbe gigantesca que contaba por millones sus ciudadanos y dominaba el mundo con sus leyes” (pág. 92). No comparte las conclusiones de muchos historiadores de la Roma antigua: entiende que si un pueblo pequeño, pastoril y rural llegó a convertirse en la gran potencia mundial de su tiempo solo puede explicarse por algún designio ajeno a toda razón. Cree que gracias a ese “misterio de Roma”, al espíritu que se encuentra dentro de todos los romanos, Roma llegó a ser la potencia que fue<sup>20</sup>. Tanto ese misterio como ese espíritu siguen presentes en Roma y en el pueblo italiano por lo que se puede volver a alcanzar.

Cuando el Imperio cayó y los bárbaros asolaron la península, Roma volvió a convertirse en una aldea de un puñado de almas, pero destaca como esas almas “se agrupan desesperadamente en las ruinas, que mantienen vivo el nombre porque el nombre de Roma es inmortal” (pág. 92). Roma puede ser diezmada por los enemigos, pero el nombre de Roma y lo que esta significa no puede morir. Y los romanos siempre esperan la llegada de una nueva época de esplendor para la raza italiana que, en ese caso, tuvo el nombre de Renacimiento. Durante muchos siglos, Italia estuvo dividida pero eso no hizo que Roma desapareciera sino que se mantuvo viva. Por ello, apunta Mussolini que los italianos en el Resurgimiento y tras Vittorio Veneto gritaban “¡Roma o muerte!”<sup>21</sup>. Durante el resto del discurso, habla de cómo el fascismo hará frente a los problemas de Roma y cuáles son esos problemas, cuestiones abordadas en el apartado sobre el urbanismo. Pero lo concluye haciendo una alabanza a Rómulo y la fundación de la ciudad: “estos son los deseos que traigo aquí hoy, aniversario del día en que

---

<sup>20</sup> Mussolini hace referencia a la idea romántica de *Volkgeist*. Este sentimiento es traducido por “Espíritu del pueblo” y parte del romanticismo, especialmente de Hegel. Cappelletti explica qué entendía Hegel por *Volkgeist* en su obra *Introducción a la Filosofía de la Historia* (2013: 167) “es el sentimiento que un pueblo tiene de sí y de sus posesiones, instituciones, costumbres, pasado, etc. Se trata de un espíritu determinado por la historia; el espíritu de un pueblo equivale a un individuo en el curso de la historia universal y por eso los espíritus de los diversos pueblos constituyen los grados en la historia del universo, en el que se realiza lo que Hegel denomina el Espíritu universal. Tal espíritu aparece encarnado según las diferentes épocas en un pueblo determinado y hasta en un individuo determinado que representa la conciencia del pueblo y de la época”. De este modo, “el misterio de Roma” lo conformarían todos aquellos individuos que han formado parte de esa *romanità* y que han aportado su grano de arena para la formación de un sentimiento nacional único y duradero.

<sup>21</sup> Expresión utilizada durante el Resurgimiento del s. XIX acaudillado por Giuseppe Garibaldi, líder de la unificación italiana. El propio Mussolini nos cuenta qué significa esta expresión: “venía a demostrar que Roma es fuente de vida, y que sin ella no merecería la pena vivir” (vol. VIII, pág. 30).

Rómulo trazó con surcos en la tierra<sup>22</sup> y con la dirección de los compañeros de su tribu, el distintivo del primer infalible destino”.

En último discurso del periodo que aquí analizamos y que pronuncia Mussolini en diciembre de 1933 lleva el título de “Oriente y occidente” (vol. VIII, págs. 295-297). En él se dirige a estudiantes asiáticos y les hace saber la intención que tiene Italia y occidente para con Asia. Destaca la importancia de la unión de ambas partes del mundo y cómo la primera en conseguirla fue Roma: “veinte siglos hace ya que Roma realizó en orillas del Mediterráneo una unión de peso en la historia del mundo. Y si entonces occidente fue colonizado por Roma, con la Siria, el Egipto y la Persia, la relación fue de recíproca comprensión creativa” (pág. 295). Mussolini destaca como Roma consiguió unir a través del Mediterráneo ambos mundos gracias a las victorias militares contra los reinos alejandrinos: en la guerra romano-siria<sup>23</sup>, Roma anexiona Siria y la mayor parte de Asia menor, y tras la batalla de *Actium*<sup>24</sup>, Egipto, hasta entonces gobernada por los Ptolomeos, se convierte en provincia romana. *Il Duce* afirma que sin esta unión conseguida por Roma, la historia de la civilización europea no se comprendería. Destaca cómo “la unión de la civilización mediterránea (que eran Oriente y Occidente) creada por Roma ha durado muchos siglos” (pág. 296). Roma consiguió que no se hablara de una civilización europea y una civilización asiática, sino que esta unión entre ambos continentes permitió la creación de una civilización, la civilización mediterránea nunca antes vista y que se mantuvo durante muchos siglos. Lo único que consiguió separar ambos continentes fue la llegada de dos ideologías contrarias al fascismo italiano: el capitalismo y el liberalismo. Critica a otros estados europeos por no comprender la importancia de Asia para Europa. El fascismo sí sabe cuán importantes son las buenas relaciones con oriente porque ellos son los que mantienen viva el espíritu y el ideario propio de la Roma antigua. Por eso, Mussolini dice a los estudiantes asiáticos que “hoy Roma y el Mediterráneo, con el renacimiento fascista –renacimiento ante todo espiritual–, vuelven a comprender su función unificadora [...]. Como ya otras veces [...] la civilización del mundo se salvó por la colaboración de Roma y del Oriente” (pág. 297). Acaba así su discurso y quiere, una vez más, mostrar el papel tan importante que tiene Roma e Italia en el mundo civilizado. Tanto es así que no habla de Oriente y Occidente sino que habla de Oriente y Roma porque esta, ella sola, representa la esencia y el espíritu de todo el Occidente. Gracias al régimen fascista, Roma, con la ayuda de su aliado oriental, podrá reunificar esa civilización mediterránea. Y la base fundamental que tendrá esta unificación será implantar el ideario fascista frente al sistema capitalista y liberal que, según el fascismo, ha de ser “quebrado” en todos los continentes.

---

<sup>22</sup> Cf. nota 16.

<sup>23</sup> Guerra librada entre Roma, liderada por Emilio Cornelio Escipión Asiático y el Imperio seléucida reinada por Antíoco III el grande (192 a. C.-188 a. C.). Acabó con la victoria aplastante de Roma sobre sus enemigos y con la adhesión de los territorios seléucidas a la República romana (Oriente próximo y Asia Menor).

<sup>24</sup> Batalla naval en aguas egipcias llevada a cabo el 31 a. C. y que enfrentó a la República romana, liderada por Octavio, y a Egipto, reinado por Cleopatra y Marco Antonio. La batalla se saldó con la victoria romana y la anexión de Egipto a Roma como provincia, y supuso el fin de las guerras civiles que asolaron Roma durante todo el s. I a. C.

## La romanità en el urbanismo fascista

El fascismo italiano, como se ha demostrado a lo largo del trabajo, quiso emular y superar el Imperio romano en todas las facetas posibles. Una de ellas fue también la arquitectura. Los romanos son conocidos por sus grandes construcciones arquitectónicas, ya sean edificios lúdicos (circos, teatros, anfiteatros), edificaciones urbanísticas (calzadas, foros, puentes, acueductos) o monumentos honoríficos (templos, arcos triunfales, columnas). Ejemplos de todos ellos han llegado hasta nuestros días y muchos de ellos tienen más de dos mil años de antigüedad. Mussolini siente una gran admiración por todas estas construcciones y así lo demostrará con sus planes reguladores y urbanísticos en la ciudad de Roma.

En septiembre de 1920, *il Duce* defiende la transformación de las ciudades modernas y para ello “se puede destruir para construir algo más bello, más grande y más nuevo, pero nunca se debe destruir con placer de salvaje. No nos oponemos a las modificaciones en la ciudad del espíritu, precisamente porque el espíritu es delicado” (vol. II, pág. 108). Mussolini no quiere romper con el pasado legendario de Roma, pero entiende que para que “la ciudad del espíritu” avance tiene que modernizarse y ponerse a la altura de otras capitales del resto de Europa. El fascismo tratará de cosmopolitizar Roma sin perder la esencia que reside en ella.

Dos años más tarde, pocas semanas antes de la marcha sobre Roma, Mussolini manifiesta la siguiente idea: “nosotros pensamos hacer de Roma la ciudad de nuestro espíritu, una ciudad depurada, liberada de todos los elementos que la contaminan y la corrompen” (vol. II, pág. 333). En este fragmento alude sutilmente el plan urbanístico que tenía pensado para Roma, con la “liberación” de los monumentos de la antigua Roma por la vía de despojarlos de lo que consideraba adherencias arquitectónicas espurias. Esta se llevó a cabo en diferentes fases, tal y como apunta Cederna: la “liberación” de los monumentos de la antigüedad comenzó con demoliciones parciales entre 1924 y 1929 en los foros de Augusto y el mercado de Trajano; entre 1926 y 1929 en plaza Argentina; y a partir de 1928 en el *Circo Massimo* (2006: 99). En 1926 también se llevó a cabo la “liberación” del Teatro de Marcelo y la creación de la llamada *via del Mare* con la que pretendía la unión del centro de Roma con el mar (Amaral, 2014: 75). Pero sin duda una de las reformas urbanas más importantes que realizó Mussolini para mejorar la “liberación” de estos monumentos fue la creación de la gran *via dell'Impero*<sup>25</sup>. Quería que esta vasta avenida uniera la Plaza de Venezia, donde Mussolini tenía su despacho, con el gran Anfiteatro Flavio. *Il Duce* dará mucha importancia al Coliseo como espejo de la antigua Roma. No es casualidad que la vía más representativa del régimen fascista lo tenga como uno de sus puntos de partida. Se observa esta importancia en el inicio del discurso pronunciado por Mussolini en el cuarto aniversario de la marcha sobre Roma: “entre todos los lugares llenos de gloria de que Roma hace alarde [...] he escogido el Colosseo, este inmenso monumento, este

---

<sup>25</sup> En la actualidad, esta avenida recibe el nombre de *Via dei Fori Imperiali*. Entre los monumentos romanos que podemos apreciar a ambos lados de toda ella destacan: Foro romano, Foro Trajano, Foro de Augusto, Foro de Nerva, Foro de César y por último el Coliseo.



imperecedero testimonio de la grandeza de Roma” (vol. V, pág. 467). Tan importante será para su régimen, que el propio Mussolini mandó construir un coliseo fascista, el ya citado *Palazzo della Civiltà Italiana*, también conocido como *Colosseo quadrato* porque, a pesar de tener más pisos que el original y ser cuadrado en vez de circular, fue construido a inspiración del anfiteatro Flavio. Ambas construcciones cuentan con una fachada completamente rodeada por arcos de medio punto, los arcos típicamente romanos. A diferencia de los arcos del Coliseo, los del edificio de la E.U.R. cumplen tan solo una función estética, lo que refleja aún más como Mussolini quería levantar un edificio que evocara el recuerdo, en versión moderna, del más emblemático monumento de Roma.

De este modo, Roma tendría una gran avenida que permitiera apreciar la grandeza del Coliseo, la construcción, como decíamos, más representativa de la antigua Roma. Además, esta gran vía fue utilizada por Mussolini para llevar a cabo sus grandes desfiles militares, intentado emular la celebración de los *triumphi* romanos. Para poner en ejecución tal obra, ordenó a los camisas negras que desalojaran las viviendas por donde debía trascorrir la avenida y se deportó a sus habitantes a las nuevas barriadas periféricas. No importaban los daños colaterales, la *via dell’Imperio* era más importante que unos cuantos miles de romanos. Entre los edificios derribados no solo se encontraban las viviendas de los proletarios y las gentes más humildes de Roma, sino que incluso derribó las construcciones posteriores que rodeaban los monumentos de la antigüedad. Mandó destruir todas aquellas edificaciones medievales que estuvieran entorpeciendo la visualización de las construcciones romanas. Como ya se señaló, Mussolini veía el medievo como una época de decadencia y obscuridad y, por tanto, edificaciones correspondientes a este tiempo no podían estar ocultando los monumentos de la época más gloriosa de Roma. Con esta política urbanística, Mussolini quiere que Roma se convierta en una ciudad más moderna, pero a la vez exaltar los restos arqueológicos antiguos que se encuentra por todo el centro de la ciudad. Para que los fascistas puedan crear un nuevo Imperio es importante también conocer bien el legado que el último Imperio dejó y, por tanto, han de destruirse muchas edificaciones para que los monumentos de la Roma antigua destaquen por encima del resto. Ya en el gobierno, en un discurso pronunciado a la mayoría parlamentaria, Mussolini destaca cómo han conseguido llevar a cabo esta “limpieza” de la ciudad: “Hemos continuado [...] la restauración de muchos edificios monumentales, insignes tanto desde el punto artístico como histórico, que amenazaban ruina y ahora nos proponemos para mayor esplendor de Roma, presentar planos para *las excavaciones y la regularización del Circo Máximo* y para un mejor funcionamiento de nuestros Institutos arqueológicos” (vol. IV, pág. 368). Se comprueba aquí como Mussolini no solo ordenó el derribo de las construcciones que ocultaban las obras monumentales romanas, sino que también ordenó la restauración de aquellas cuya conservación estaba bastante amenazada.

Cuando en 1924 Mussolini recibe la ciudadanía de Roma, pronuncia un importante discurso sobre su visión de la antigüedad. En él hace una aclaración sobre cuáles son los problemas que tiene que abordar la ciudad de Roma y los diferencia en

dos categorías: problemas de necesidad y problemas de grandeza. *Il Duce* pretende llevar a cabo un plano regulador que consiga, según él mismo nos cuenta en un discurso muy posterior, “conciliar dos opuestas exigencias: el respeto de la Roma antigua y la necesidad de la Roma moderna” (vol. VIII, pág. 29), siendo ambas igual de importantes. Por un lado, los problemas de necesidad son la construcción de casas, comunicaciones, alcantarillado, etc. Un ejemplo de estos es el que padecía Rávena con la llegada del agua. El 1 de agosto de 1931, Mussolini se pronunció así sobre este hecho: “quince siglos hacía que Rávena esperaba el agua. Se han recordado, estos días, los nombres venerables, pero lejanos, de los emperadores romanos [...]. Rávena carecía de agua y el sueño de tenerla no se realizaba. Solo el Fascismo podía conseguirlo” (vol. VII, pág. 311). Aquí *il Duce* no solo se compara con los emperadores romanos, si no que se considera superior a ellos. Ninguno de los anteriores emperadores había conseguido hacer llegar a Rávena el agua que tanto querían, pero su régimen fascista construyó un acueducto que permitió a los raveneses disfrutar del agua, algo que llevaban siglos anhelando, pero que ningún otro gobierno, solo el fascista, pudo realizar. Por otro lado, los problemas de grandeza tienen que ver directamente con la Roma antigua: “hay que liberar toda la Roma antigua de las desfiguraciones mediocres, pero al lado de la antigua y de la Roma medieval es necesario crear la Roma monumental del siglo XX” (vol. IV, pág. 93). Será en este año cuando empiece a llevar a cabo sus reformas urbanísticas de “liberación” de los monumentos antiguos. Pero añade un nuevo concepto: no solo hay que liberar la antigua Roma de todas las edificaciones “mediocres” que le hacen sombra a la antigüedad, sino que también, junto a esa Roma milenaria y digna de gloria, se debe construir una nueva Roma, igual de monumental, que muestre la grandeza de la Roma que se está construyendo en el siglo XX. En este fragmento parece referirse a la futura creación del llamado *Piazzale dell’Imperio*. En él, Mussolini buscó exaltar el régimen fascista y su figura para que las generaciones posteriores conocieran la grandeza a la que llegaría Italia durante su gobierno. Esta plaza se encontraba dentro del Foro Mussolini, inaugurado por *il Duce* el 4 de noviembre de 1932, y que tenía como objetivo ser una muestra del carácter deportivo y competitivo de la juventud italiana (Gentile, 2007: 103). Con estas construcciones fascistas buscaba que esta zona se convirtiera con el paso de los siglos en una zona arqueológica que nada tuviera que envidiar a las edificaciones de la antigua Roma. Amaral nos describe en su artículo cómo es esta plaza (2014: págs. 79-82). Fue inaugurada el 17 de mayo de 1937. Su función era cubrir el espacio que había entre el monolito-obelisco dedicado a Mussolini<sup>26</sup> y la Fuente de la Esfera. Se trata de un lugar de dimensiones faraónicas. A lo largo y ancho del *piazzale*, se pueden apreciar impresionantes mosaicos en los que se ven representados muchos temas importantes para la cultura italiana, pero dentro de los cuales destacan los “motivos y lemas fascistas” (pág. 80) como la repetición continua de la palabra *DVCE* o una “M” de grandes dimensiones, inicial de Mussolini, detrás de la

---

<sup>26</sup> Bajo este, se ocultó una especie de memorando fascista escrito en latín, cuyo contenido se conoce gracias a la conservación del texto a partir del cual se copió. En él se describe de forma grandilocuente cómo fue el régimen y los “logros” que este consiguió para Italia. Es un escrito que buscaba ensalzar la figura de Mussolini, imitando así a lo que hizo Augusto con las *Res Gestae Divi Augusti*. Para más información: Lamers y Reitz-Joose (2016), pp. 153.

cual se encuentra el *littorio*, símbolo representativo del partido fascista. La plaza se encuentra flanqueada por una serie de piezas de mármol en donde aparecen “inscripciones conmemorativas de los episodios salientes de la historia del fascismo” como “la entrada en la Primera Guerra Mundial”, “la marcha sobre Roma”, “la batalla de Vittorio Véneto”, “el anuncio de la guerra contra Abisinia” o “la fundación de *Il Popolo d’Italia*”, entre otras. (págs. 80-81). Todos estos elementos ponen de relieve las aspiraciones imperialistas de Mussolini. Por medio de este lugar de exaltación a su régimen fascista, trata de equipararse a los promotores de las construcciones monumentales que los antiguos romanos erigieron en la ciudad de Roma y que son ejemplo de la gloria y el poder del antiguo Imperio romano. Y conseguir con ello que las generaciones futuras logren comprender la grandeza que alcanzó el régimen fascista.

El día de Nochevieja de 1925 pronuncia un discurso titulado “La nueva Roma” (vol. V, págs. 259-262). En él se dirige al primer gobernador de Roma y hace una larga valoración sobre el aspecto urbanístico de la urbe, hablando de su hermosura tanto por las excavaciones arqueológicas ya existentes como por las construcciones que se han realizado y están por terminarse. Comienza este discurso volviendo a la misma idea expuesta en el párrafo anterior: que los dos problemas esenciales de la ciudad de Roma eran dos, “los problemas de necesidad y los problemas de grandeza” (pág. 260). Afirma que el régimen ha conseguido solventar los primeros gracias a que “decenas de barrios han salido a la periferia de la ciudad [...], hacia el monte sano y salubre, hacia el mar reconsagrado” (pág. 260). Mussolini defiende como positiva la expulsión de decenas de familias de sus casas en el centro de la ciudad ya que ahora viven en un lugar mucho más idílico en las afueras. Se puede entender esta afirmación de Mussolini como un ejemplo de cinismo, pero también es cierto que esas zonas del centro seguramente eran muy insalubres por el hacinamiento de la población en barrios y edificios demasiado viejos. De este modo, derribando esas casas Mussolini solucionó dos problemas en Roma al mismo tiempo: por un lado, echó a esas familias de sus casas dándoles nuevas y mejores viviendas en barrios periféricos, y por otro lado, “liberó” el terreno para la construcción de su tan deseada *via dell’Imperio*. A continuación expone todas las reformas urbanísticas llevadas a cabo por el régimen durante esos tres años de gobierno, siendo las últimas que señala el rescate de “Foros como el de Augusto, templos como el de *Fortuna virilis*”. Según apunta Gentile, “en 1923 comenzó la demolición para aislar y restaurar el templo de *Fortuna virilis*, inaugurado por Mussolini en 1925 y el templo circular de Vesta en la zona del Foro Boario. En 1924 los martillos empezaron a demoler las casas que cubrían los Mercados y el Foro de Trajano, el Foro de Augusto y el Foro de César, a la izquierda del Altar de la patria” (2007: 74). Pero el mismo autor señala que esta obra de visualización del Foro de Augusto entre otras construcciones romanas como el Foro de Nerva, para los cuales se tuvo que demoler todo un distrito del S. XVI que lo ocultaba, o la basílica de Majencio, para la cual se tuvo que destruir parte de la colina Velia, que se encuentra justo detrás, se ejecutaron para mostrar los monumentos romanos pero sobre todo porque la creación de la *via dell’Imperio* requería la destrucción de muchas construcciones postclásicas cuya relevancia cultural y artística era mínima para el régimen fascista (2007: 78).

Mussolini pone como objetivo que en cinco años, es decir, en 1930, Roma convierta en la gran capital cosmopolita y cultural que tanto desea: “grande, ordenada, poderosa, como fue en tiempos del primer Imperio de Augusto” (págs. 260-261). Esta vez, a través del urbanismo, Mussolini vuelve a poner el foco en el Imperio de Augusto como ejemplo del régimen que quiere alcanzar. Su meta es conseguir que el nuevo imperio que el fascismo está construyendo sea igual o más majestuoso desde el punto de vista urbanístico que el primer Imperio que se formó en Italia. Entiende que las construcciones que se lleven a cabo durante su gobierno serán el mejor reflejo para las generaciones futuras de lo que el régimen fascista fue para Italia y para el mundo. A continuación se dirige directamente al gobernador de Roma, el mayor responsable de las nuevas construcciones y restauraciones que se van a seguir haciendo en la ciudad durante los años siguientes, y le destaca la futura creación de pasajes y la necesidad de destruir todo aquel elemento que hace sombra a toda construcción milenaria romana: “Haréis pasajes en todo el teatro Marcelo, en el Campidoglio, en el Panteón; todo lo que a su alrededor ha crecido en los siglos de la decadencia, ha de desaparecer [...]. También exoneraréis los majestuosos templos de la Roma cristiana de las construcciones profanas a ellos adheridas a modo de parásitos. Los monumentos milenarios de nuestra historia han de erguirse en la soledad necesaria para que destaquen” (pág. 261). En este fragmento, Mussolini refleja en pocas palabras en qué consiste básicamente su plan urbanístico: creación de grandes avenidas alrededor de los monumentos de la Roma antigua a través de la destrucción de aquellas construcciones que se han levantado durante “los siglos de decadencia”, es decir, en la Edad Media, para que así Roma se convierta en una ciudad mucho más cosmopolita sin que pierda el espíritu de la *romanità* albergado en toda Roma desde su origen. Mussolini no siente la necesidad de destruir las edificaciones medievales solo porque están ocultando los monumentos romanos, sino que es tal la repulsa que *il Duce* siente hacia todo lo que tenga relación con el medievo que tilda de “parásitos” esas construcciones: no solo no aportan nada ni visual ni cultural, sino que su presencia hace de Roma una ciudad menos hermosa y cosmopolita y por tanto su destrucción es absolutamente necesaria.

Antes de acabar el discurso, hace referencia a una de las vías más importantes hechas por el régimen junto a la *via dell'Imperio*: la *via del Mare*: “una vía recta, que vendrá a ser la más larga y ancha del mundo, llevará el ansia del *mare nostrum* desde Ostia resucitada hasta el centro de la ciudad” (vol. V, pág. 261). Aunque esta aún no se había construido, Mussolini tiene en mente la creación de una gran avenida que conectara el centro de Roma con el Mediterráneo. Esta gran avenida tenía como objetivo reconstruir la conexión directa entre el puerto de Ostia, el más importante de la Roma antigua, y la capital de tal modo que esta ciudad, que ha dominado durante tantos siglos el *mare nostrum*, vuelva a estar unida a él con una avenida de dimensiones nunca antes vistas. Mussolini concluye con una alabanza al gobernador de Roma y con la exaltación de las políticas urbanísticas que ha mencionado a lo largo de todo el discurso.

## **La romanità en el pensamiento y la religión fascistas**

El régimen fascista se verá fuertemente influido por la Roma antigua no solo en el terreno militar, el imperialismo o el urbanismo de la ciudad eterna, sino que también su propio pensamiento y forma de actuar hacen que nos retrotraigamos a la Roma imperial. Son muchos los aspectos filosóficos, ideológicos o religiosos que el fascismo toma de los antiguos romanos para tomarlos como propios.

### **D) Filosofía**

La corriente filosófica más seguida por los ciudadanos romanos (al menos los de clase alta, sobre los que contamos con más datos) era el estoicismo, fundado por Zenón de Citio a finales del s. IV a. C. y que se caracteriza por perseguir una actitud impasible ante las adversidades, no temer a ningún tipo de desgracia y llevar una vida de recogimiento y cultivo de los placeres intelectuales sin entregarse a los terrenales más tiempo del que sea necesario. Son muchas las ocasiones en las que Mussolini habla sobre sus compatriotas italianos y fascistas, destacando de ellos esa actitud ante la vida. Durante su participación en el frente de la Gran Guerra, Mussolini escribe, como ya dijimos, su “Diario” de campaña (vol. I, págs. 71-259). En este, el 21 de diciembre de 1916, cuenta cómo el médico de la trinchera destacaba el estoicismo de sus compañeros heridos: “el estoicismo de nuestros heridos –me decía ayer tarde un teniente médico– es sorprendente. Vienen por sus propios pies o llevados por los portaheridos, con las carnes desgarradas, y ni una queja, ni un ¡ay! sale de sus labios” (vol. I, pág. 233). El futuro *Duce* usa las palabras de este médico para exaltar cómo los soldados italianos tienen, según él, la misma forma de ver la vida que los antiguos romanos. Lozano Vázquez (2011: pp. 9-10) apunta como los más importantes estoicos de época romana a Cicerón, Séneca, Epicteto y Marco Aurelio. Sin embargo, de estos nombres, el que más importancia tendrá para el régimen será la figura de Cicerón. Ella misma cuenta cómo uno de los episodios más influyentes para la propagación del estoicismo como corriente filosófica más seguida en Roma fue el suicidio de Catón momentos antes de que fuera detenido por los hombres de Julio César en Útica (46 a. C.). Este se cortó las venas mientras leía el *Fedón* convirtiéndose esta en la primera muerte estoica por excelencia para el imaginario romano. Por otro lado, también será muy estoica, y más conocida hoy en día, la muerte de Séneca, tutor y maestro de Nerón, a quien este obligó a suicidarse. Según nos cuenta el propio Tácito (*An. L. XV*, 60-65), lo hizo cortándose las venas en la bañera mientras charlaba con sus amigos hasta que terminó desangrado. De este modo, la actitud valiente e impasible ante el dolor y el sufrimiento sería inherente al gen romano e italiano y, por tanto, es lógico que los soldados italianos de la Gran Guerra puedan aguantar ese dolor sin queja alguna y sin que ello les impida seguir luchando por la victoria de Italia contra sus enemigos.

En un discurso posterior, en abril de 1921, Mussolini habla así a los oyentes de su discurso en Bolonia: “doy las gracias al abogado Grandi, que me ha presentado a vosotros [boloñeses] con palabras demasiado halagadoras; las acepto, y creo no cometer un pecado de orgullo. Podría deciros socráticamente que si cada uno debe conocerse a sí

mismo, también yo me conozco y debo conocerme” (vol. II, pág. 166). Mussolini usa el pensamiento socrático basado en el autoconocimiento. Sócrates entiende que una de las cosas más importantes es conocerse así mismo. La frase que pronuncia Mussolini parte de una inscripción que halló el propio Sócrates en el templo de Delfos: “Conócete a ti mismo”. Sócrates hace diversas referencias a esta inscripción continuamente en las obras de Platón (*Apología*, 29, d-e) y Jenofonte (*Recuerdos*, L. IV, 2, 24) y queda claro que la entendía como un consejo de conocer la propia alma y todo lo que a ella se refiere. Esta es, de hecho, la actividad a la que desde entonces Sócrates se dedicó por completo. En otro discurso posterior, Mussolini cita directamente la fórmula socrática: “superar en el bien a los amigos, superar en el mal a los enemigos” (vol. II, pág. 353). Según afirma *il Duce*, esta frase se utilizará como el mayor principio en el que se basaron los soldados italianos durante la Gran Guerra. Considera que esta actitud les convierte en los mejores aliados, pero también los mejores enemigos. De este modo, Mussolini muestra su interés por la filosofía griega antigua, ya que, como buen romano, debe conocer los orígenes de los que parten las corrientes filosóficas romanas posteriores.

En el primer discurso decisivo del inicio de la revolución fascista, apenas un mes antes de la marcha sobre Roma, Mussolini critica a aquellos que no quieren acabar con el gobierno actual, al que considera “indigno”. Durante el discurso se manifiesta con estas palabras: “los regímenes perfectos solo se hallan en los libros de los filósofos. Yo creo que habría ocurrido un desastre en la ciudad griega si se hubiera aplicado exactamente, sin faltar una coma, la teoría de Platón” (vol. II, pág. 342). Cuando habla de la “teoría de Platón”, claramente está refiriéndose a su idea de Estado. Son tres las obras en las que Platón la desarrolla: *República*, *Político* y *Las Leyes*. En ellas, sintéticamente, defiende que quien debe regir el Estado son los filósofos, ya que son los únicos que tienen realmente el verdadero conocimiento y pueden llevarlo a la práctica. En esta misma página, Mussolini rebate a Platón su idea de cuál es el mejor sistema de gobierno. El filósofo consideraba que la monarquía era el más completo de los sistemas del Estado, pero no debe ser un rey el que gobierne, sino que debe ser el mejor. Mussolini, en cambio, dice que “un pueblo que se rige bien bajo formas republicanas no piensa nunca en tener un rey. Un pueblo que no está habituado a la república anhelará la vuelta a la monarquía”. Por tanto, el mejor sistema de gobierno depende de la forma en que ese gobierno actúe. Son los ciudadanos los que deciden quiénes gobiernan mejor, ya que si un sistema de gobierno no les gusta pedirán la vuelta al anterior régimen. Mussolini impondrá su dictadura fascista apoyada por el monarca y en ningún momento intentará eliminar la monarquía.

## II) Religión

Sin duda alguna, no se puede entender la conexión que estableció el régimen mussoliniano con la antigua Roma sin tener en cuenta el papel de la Iglesia católica. Fueron muchas y muy importantes las relaciones de la Santa Sede con el régimen fascista. Mussolini destaca en numerosas ocasiones la importancia que tuvo y tiene la Iglesia católica en la historia de Italia y Roma; tanto es así que se puede apreciar en sus

discursos una continua mención a los primeros cristianos y al inicio del cristianismo en el Imperio romano.

En un artículo del 29 de octubre de 1917 en el *Popolo d'Italia*, Mussolini evoca la muerte de Filippo Corridoni<sup>27</sup> y dice estas palabras: “dícese que en los primeros tiempos del Cristianismo, los seguidores del Nazareno que vivían dispersos en Roma se comunicaban unos con otros (comulgaban) [...] con sangre [...]. También nosotros, en nombre de nuestros muertos, queremos practicar la comunión de sangre” (vol. I, pág. 294). Mussolini se retrotrae a los inicios del cristianismo en Roma y trata de comparar a los defensores del intervencionismo, como Corridoni, con estos primeros cristianos que se jugaban la vida en los inicios de la religión cristiana. Explica cómo los cristianos se autoinfligían una herida y recogían la sangre en un mismo cáliz, y cómo esa sangre se la repartían entre todos ellos. Mussolini, de forma figurada, “recoge” la sangre de los caídos por Italia, que es la sangre de todos los italianos, y con ella quiere también “practicar la comunión de sangre”. Compara el derramamiento de sangre de los cristianos originarios con el que están padeciendo los soldados italianos: aquellos hacían brotar su sangre por Cristo y estos lo hacen por la nación italiana. Pero en el primer discurso pronunciado por Mussolini en el Parlamento va más allá lanzando esta afirmación a la bancada socialista: “mi discurso puede ser escuchado [...] por los socialistas, quienes [...] verán delante de sí desde ahora en la posición orgullosa del hereje el hombre a quien expulsaron de la Iglesia ortodoxa” (vol. II, pág. 178). Aquí no compara a los italianos con los primeros cristianos, sino que va mucho más allá y se compara así mismo con el propio Jesucristo. Entiende que los diputados que conforman el grupo socialista son iguales que aquellos sacerdotes que expulsaron a Jesús del Templo de Jerusalén. Él, por tanto, va a ser quien lleve a Italia a su mayor esplendor y crítica a los socialistas por hacer con él lo mismo que hicieron los judíos con Jesús: echar del partido a aquel que va a traer la prosperidad y la gloria a Italia<sup>28</sup>. Y al igual que Jesús representó a una nueva religión que era superior al judaísmo, Mussolini representa a un nuevo partido contrario al socialismo y que va a derrotar a su gobierno.

En el discurso en el que Mussolini proclama como el día oficial del fascismo el 21 de abril, nacimiento de Roma, también recurre al cristianismo de forma metafórica para defender el régimen fascista: “marchaos [sacerdotes] de estos templos que amenazan ruina, porque nuestra herejía triunfante está destinada a alumbrar todos los cerebros y las almas” (vol. II, pág. 172). Mussolini da testimonio de cuáles son las intenciones que tiene el fascismo. El cristianismo fue “una herejía triunfante” que consiguió acabar con los templos paganos e imponer su dogma para convertirse en la religión oficial del Imperio romano. Esta es la misma intención que tiene Mussolini para con el fascismo. El fascismo representaría ese cristianismo hereje al que pertenecen

---

<sup>27</sup> Cf. pág. 4.

<sup>28</sup> La llegada de la Gran Guerra en 1914 puso a Italia y al Partido Socialista Italiano en una tesitura muy difícil al tener que elegir entre la neutralidad o la intervención en la guerra. Los socialistas decidieron posicionarse en la primera, mientras que Mussolini, uno de los más altos cargos del Partido, defendió enérgicamente la segunda. Este posicionamiento fue una de las razones principales por las que el futuro *Duce* fue expulsado del P.S.I. en 1914.

pocos adeptos pero que conseguirá derribar los “templos” para triunfar e imponer un gobierno que suponga una época de luz para Italia. Por otro lado, parece que cuando habla de esos ruinosos templos se está refiriendo a los ayuntamientos socialistas que están gobernando los municipios italianos en esos momentos. Amenaza tácitamente al socialismo y aconseja a los “sacerdotes”, es decir, los alcaldes, que huyan para no tener que enfrentarse a los camisas negras fascistas.

Uno de los puntos más importantes en los que se basa el fascismo para el apoyo del cristianismo es que es el máximo representante de la Roma antigua: “afirmo aquí que la tradición latina e imperial de Roma está hoy representada por el cristianismo” (vol. II, pág. 198). Claramente, el cristianismo es la institución que más se ha nutrido de la herencia romana. Tanto es así que desde su creación adoptó el sistema jerárquico del Imperio romano. El Papa tomó el mismo papel en la Iglesia que tenía el emperador romano en el Imperio, y creó también un Senado, el que conforman los cardenales de todo el mundo. Las decisiones que se toman entre el Papa y los cardenales son transmitidas jerárquicamente desde los más altos puestos de la Iglesia (arzobispos y obispos) hasta los más bajos (monjes y sacerdotes), siguiendo así el mismo sistema que se utilizaba en el Imperio. Pero no sólo calcó lo político, sino también lo militar. El ejército romano estaba formado por los *milites Romae*, mientras que el ejército de la Iglesia está formado por los *milites Christi*, teniendo estos últimos las mismas características que los romanos pero en lo espiritual, *fides* y *virtus*. Se consideraba a la civilización romana clásica como un despliegue de valores espirituales que tras la caída del Imperio de Occidente fueron salvaguardados por la Iglesia católica y transmitidos a las sucesivas generaciones hasta el Renacimiento Italiano, el primer renacer de la *romanità* clásica (Visser, 1992: 4), y posteriormente. Además, la Iglesia es la institución que más obras literarias clásicas ha conservado. Fueron los escribas cristianos los principales responsables de que hoy en día hayan llegado hasta nosotros las obras, no solo de los grandes autores latinos y griegos, sino también de los menos conocidos, de tal modo que sin su participación en la trasmisión manuscrita muchos de ellos hubieran desaparecido.

Esta idea la sigue manteniendo en septiembre de 1922 en un discurso pronunciado en Udine. En él señala a Roma como “una de las pocas ciudades de espíritu que hay en el mundo, porque en Roma [...] se ha transformado una religión oriental no comprendida por nosotros en una religión universal que ha recogido bajo otra forma aquel imperio que las legiones consulares de Roma habían empujado hasta los extremos confines de la Tierra” (vol. II, pág. 333). Aunque no menciona la Iglesia, está claro que se está refiriendo a ella, puesto que es la única religión que nació en Oriente y que se ha convertido en la más influyente de todo Occidente. A pesar de que el Imperio romano consiguió conquistar un territorio de dimensiones solo comparables al establecido por Alejandro Magno, la Iglesia católica ha llegado mucho más lejos, pues ha logrado extender su “Imperio” a lugares a los que los romanos no pudieron nunca acceder, como Germania, toda Gran Bretaña y sus islas o los países escandinavos, entre otros muchos.



En el primer discurso presidencial que pronuncia tras la marcha sobre Roma, Mussolini expone de forma sucinta cuál es la posición religiosa del régimen fascista: “se respetarán todas las creencias religiosas y con deferencia particular la dominante, que es el catolicismo” (vol. III, pág. 16). Esta política religiosa –permitir la manifestación de otras religiones siempre y cuando se entienda que la predominante en Italia, el cristianismo, está por encima de ellas– es semejante a la política religiosa que lleva a cabo el Imperio de Augusto. El Imperio romano permitía la adoración de cualquier fe siempre y cuando se entendiera que la religión oficial del Estado era el culto al emperador. Si se acataba ese culto al emperador como un dios, no había ningún tipo de persecución ni castigo a aquellos que profesaran otra religión. Es más, *il Duce* termina el discurso en honor al primer aniversario de la marcha sobre Roma diciendo: “¡salud a esta Italia, a esta divina tierra nuestra, protegida por todos los dioses!” (vol. III, págs. 261-262). No solo alaba al dios cristiano, sino que considera que Italia, dos veces milenaria, está “protegida” no solo por el dios de la fe dominante en el mundo, pues la Sede del cristianismo se encuentra en Roma, sino que también la amparan los dioses adorados tiempo atrás por los romanos antiguos. De este modo considera a Italia y a Roma una tierra “divina” bendecida tanto por Dios en la actualidad como por los dioses olímpicos (y cualesquiera otros) en la antigüedad.

Este uso de los dioses paganos lo vemos claramente en un discurso que pronunció en la Asamblea del Instituto Internacional de Agricultura el 19 abril de 1926. En él hace una exaltación de la agricultura y para ello utiliza a la diosa romana de la agricultura Ceres: “hoy, señores, es un día de grandes promesas y gran significación en la historia de la agricultura. En la antigua Roma, el 19 de abril era el último de los días dedicados a las fiestas de Ceres” (vol. V, pág. 346). Está haciendo referencia a los *Cerialia*, fiestas en honor a Ceres celebradas desde el 202 a.C. entre el 12 de abril y el 19 de abril. Eran unas fiestas de gran alegría en las que se conmemoraba el regreso de Proserpina junto a su madre<sup>29</sup>. Se iniciaban con un sacrificio incruento, seguido de unos juegos en honor a la diosa y el último día (al que hace referencia Mussolini) el pueblo participaba de una procesión en la que se lanzaban nueces y dulces, se celebraba una carrera de carros y, por último, se soltaban unas zorras en el Circo Máximo que portaban antorchas encendidas atadas a la cola cuyo significado ritual desconocemos (Contreras, 1992: 31-32). Acaba este mismo discurso alabando el Instituto Internacional de Agricultura catalogándolo como el “moderno templo de Ceres” (vol. V, pág. 347). Así quiere relacionar, desde la religión pagana, la importancia que tiene que tener esta institución, ya que los templos a Ceres tenían gran relevancia en la sociedad romana, pues la agricultura era el sustento principal de la civilización. Por tanto, Mussolini quiere resaltar que se le debe otorgar a este Instituto también la importancia que se

---

<sup>29</sup> El *Rapto de Proserpina* es un mito grecorromano que intenta explicar el origen de las estaciones. Según este mito, Plutón raptó a Proserpina, hija de Ceres y la llevó con él al Inframundo. La madre trató de buscarla por todo el mundo y finalmente, gracias a la ayuda de Apolo, supo qué había sido de ella. La tristeza le invadió el espíritu y, por ello, las flores y las tierras se marchitaron. Ante esta situación, Júpiter intervino pero como Proserpina ya había tomado el fruto del Infierno no podía salir de él. Finalmente se llegó a un acuerdo por el cual Hades se quedaba con ella la mitad del año (otoño e invierno) y Ceres la otra mitad (primavera y verano) (Grimal, 2010: 131-132).

merece, puesto que los italianos siguen siendo un pueblo que se sustenta en gran medida con la agricultura.

En su discurso sobre los acuerdos del Pacto de Letrán<sup>30</sup>, la medida más importante en materia de religión tomada por el régimen fascista, incluye una larga reflexión sobre lo importante que fue Roma para la supervivencia y extensión del cristianismo (vol. VII, págs. 36-38). Destaca lo afortunados que tienen que sentirse los italianos porque en su país se ubica la sede de una “religión universal que nació en Palestina, pero vino a ser católica a Roma. Si no hubiese salido de Palestina, probablemente hubiera sido una de tantas sectas que florecían en aquel ambiente caldeado [...] y muy probablemente se hubiera extinguido sin dejar rastro de sí, como sucedió con la mayor parte de aquellas” (pág. 36). Aquí nos cuenta los inicios del cristianismo desde que apareció en Palestina con pocos seguidores hasta que llegó a Roma, donde se convirtió en “católica”, es decir, que en la ciudad eterna, y gracias a ella, fue donde realmente encauzó y propagó su dogma. Es más, si no fuera porque llegó a Roma, fácilmente hubiera desaparecido, ya que en los momentos en los que se formó la religión cristiana eran muchas las sectas y nuevas religiones que empezaban a aflorar en Oriente Próximo. Muchas religiones místicas y orientales llegaron a Occidente, a la península itálica, pero ninguna de ellas ha sobrevivido salvo el cristianismo. El respeto religioso de Roma lo reafirma en el discurso que pronunció por el centenario de la muerte de Wolfgang Goethe<sup>31</sup>, toma las palabras de este autor alemán para decir que “Roma da hospitalidad a los dioses de todos los pueblos” (vol. VIII, pág. 41). Entre esas religiones destacan el culto a Isis<sup>32</sup> y el culto a Mitra<sup>33</sup> que conseguirán introducirse en el Imperio pero que con el tiempo serán absorbidos por el propio cristianismo o, directamente, desaparecerán.

En la misma página del discurso de los Pactos de Letrán, Mussolini menciona como precursores del cristianismo a dos personajes de gran relevancia durante el final de la República romana: Virgilio y César. A los oyentes de su discurso les dice que no cree que les sorprenda ver el nombre de Virgilio como profeta del cristianismo. Esto es así por la interpretación pre-cristiana que de su cuarta Bucólica se consolidó a lo largo

---

<sup>30</sup> Los Pactos de Letrán fueron los acuerdos firmados entre la Iglesia Católica, liderada por el Papa Pío XI, y el gobierno fascista en 1929. Entre esos acuerdos destaca la independencia del Vaticano del resto del país, convirtiéndose en un Estado Pontificio soberano, y el restablecimiento de las relaciones entre la Santa Sede e Italia que se habían roto tras el Resurgimiento del s. XIX.

<sup>31</sup> Johann Wolfgang Goethe (1749-1832) fue un escritor alemán autor de poesías y obras teatrales pero que destacó por su novela *Los sufrimientos del joven Werther*, obra que triunfó en toda Europa y que tuvo un importante papel en el romanticismo alemán. Goethe es considerado el autor supremo de la literatura en alemán.

<sup>32</sup> Se introduce en el culto grecorromano desde los comienzos de nuestra era. Se la relaciona con Io, amante de Júpiter a la que este transformó en ternera para que Juno no la reconociera. Sin embargo, la diosa acabó enterándose y la persiguió por todo el mundo hasta que Ío se resguardó en Egipto donde se convirtió en Isis. Es la diosa del mar, los frutos de la tierra (como Deméter), de los muertos y la magia (Grimal, 2010: 291).

<sup>33</sup> El dios Mitra pertenecía al panteón iranio y se ocupaba del destino de las personas y la organización del cielo, por lo que tenía una estrecha relación con el sol. Su culto aparece en Roma en los siglos I a. C.-I d. C. (Santos Yanguas, 2023: 40-41). Su influencia en el cristianismo será muy importante, ya que la Iglesia hará coincidir el nacimiento de Mitra con el de Cristo, el 25 de diciembre, y ambos dioses nacen, mueren y resucitan predicando una vida paradisíaca después de la muerte.

de los siglos. Está dedicada a Asinio Polión y canta el nacimiento de un niño, quien se cree que es un hijo del propio Polión. Lo misterioso (o quizá misterioso) de esta bucólica es que afirma que ese niño vivirá junto a los héroes, reinará en todo el mundo trayendo con él una nueva edad de oro y gobernará con las virtudes heredadas de su padre. Estas reflexiones provocan la fijación de Virgilio como profeta junto a la divinización de Octavio en la primera bucólica. Los cristianos aprovecharon esta bucólica para fomentar la idea de que la llegada de Cristo estaba profetizada no solo en el Antiguo Testamento sino también en la tradición pagana. Por otro lado, él mismo explica por qué considera también a César un precursor del cristianismo: “después de reflexionar sobre la vida de este gran militar [...] me he convencido de que verdaderamente era César un hombre de una singular bondad y que quizá fue el primer romano que tuvo sentido del amor al prójimo” (págs. 36-37). No aclara en qué sentido manifestó esa “bondad” o “amor al prójimo”. Seguramente Mussolini trata de introducir dentro de la historia del cristianismo a uno de sus máximos referentes de la antigua Roma, máxime cuando ha conseguido llegar al poder de la misma forma que él.

Destaca cómo el cristianismo encontró en Roma un lugar “favorable” donde poder asentarse y crecer, pues supo añadir el mayor número de adeptos a su religión al conseguir introducirse en las “clases directoras y las familiar consulares”. Pero Mussolini defiende que estas afirmaciones sobre la antigüedad no deben extrapolarse a la contemporaneidad, sino que “hay que distinguir los problemas y funciones del proselitismo eclesiástico, de nuestra conquista imperial”. Aunque sea importante la religión cristiana para el régimen fascista, no quiere introducir al cristianismo dentro de sus aspiraciones imperialistas. La última información que recoge del periodo antiguo es la concesión de la libertad religiosa a todos los habitantes del Imperio en el Edicto constantiniano de Milán (311-313). Después, continúa exponiendo el resto de importantes sucesos que acaecieron en la Iglesia Católica durante los siglos restantes.

### III) Política

Uno de los aspectos en los que más intentó asemejarse Mussolini al Imperio romano fue en el aspecto político. Son muchas las referencias directas o sutiles a la forma de gobernar que tenían los antiguos emperadores romanos, destacando entre todos ellos la figura de Octavio Augusto, su mayor modelo y cuyo reinado pretendió igualar o superar con su régimen fascista.

Antes de entrar en la guerra, en el primer artículo que escribe *il Duce* en el *Popolo d'Italia*, habla de que Italia se encuentra “en una época de liquidación general de valores” (vol I, pág. 7). Se puede entender así que está equiparando la situación en la que se encuentra Italia en 1915 con la Roma que se encontró Augusto cuando accedió al poder total del Imperio tras la victoria en Accio frente a Marco Antonio y Cleopatra (31 a. C.). Cuando se instaló en el poder, una de las políticas que llevó a cabo fue la de restituir los valores tradicionales que se habían perdido durante los años en los que se sucedieron las guerras civiles. Octavio tuvo mucho de moralista al impulsar leyes sobre el matrimonio y la procreación, y persiguió el adulterio y la soltería. Esas guerras

supusieron la pérdida de muchos varones, por lo que promovió el crecimiento de la natalidad siempre dentro del matrimonio. En cuanto a la soltería, incrementó los impuestos a aquellos ciudadanos que no tenían familia, a modo de “castigo” por no vivir de acuerdo con las tradiciones romanas. Así veía también Mussolini los tiempos en que le tocó vivir, y decidió involucrarse directamente para restaurar las tradiciones y la moralidad que le correspondían a la nación italiana. Tras la marcha sobre Roma, Mussolini sigue teniendo claro que la intervención en la Gran Guerra fue necesaria y replica a los senadores que tachan su discurso de “reaccionario”: “no se puede estar al margen de la lucha cuando están en juego los valores morales fundamentales de la sociedad nacional, y nadie puede decir que una política nacional así entendida sea reaccionaria” (vol. III, pág. 35). Considera completamente necesario la intervención en el conflicto para defender la tradición italiana que en esos momentos, según él, se encontraba en peligro. Del mismo modo actuó Augusto cuando Marco Antonio, seducido por Cleopatra y la cultura egipcia, trató de imponer nuevas tradiciones a la República romana. Cuando se intenta acabar con los “valores morales” que sustentan la “sociedad nacional” es una necesidad la entrada en conflicto contra aquellos que quieren acabar con ella. Tal es su fijación y comparación con Augusto, que, en esta misma página, a continuación dice: “no les tengo miedo a las palabras, y si el día de mañana fuese necesario, me proclamaría príncipe de los reaccionarios”. Con estas palabras quiere decir que si durante su gobierno fuera necesaria la imposición de un régimen totalitario en el que él fuera el máximo representante de la nación, lo haría para salvaguardar esos “valores morales” que tanta importancia tiene para él. Pero es más, utiliza una palabra con la que podría declarar de forma explícita que su objetivo es parecerse al emperador Augusto: “príncipe”. Este fue el título que se adjudicó a sí mismo Octavio. Cuando venció en Accio, Augusto se convirtió en el único gobernante de la República romana. Los dos anteriores hombres que alcanzaron ese poder fueron Sila y su propio tío, Julio César, ambos con dictaduras que acabaron con la inesperada renuncia en el primer caso y con la caída en el segundo, y en ambos dejando tras sí una visión negativa de la solución dictatorial. Octavio se ve en la misma situación y por ello en vez de nombrarse *dictator* disfrazó una monarquía en república bajo la forma de un principado (*princeps*). Mussolini no acabará utilizando la misma fórmula de *princeps*, pero sí se autodefinirá como *il Duce*, del mismo modo que Hitler el *Führer* o Franco el “Generalísimo” o el Caudillo. Etimológicamente *princeps* significa “primera cabeza” y el significado de *Duce*, *Führer* y *Caudillo* (procedente, como *princeps*, de la raíz de *caput*) tienen también una connotación parecida, ya que hacen referencia al “líder”, el “guía” al que el resto del pueblo sigue, y ese conductor siempre se encuentra a la cabeza. Por otro parte, puede considerarse que el título de “Generalísimo” tiene también su origen en el régimen de Augusto. A partir de este, el *Imperator* (es decir, el general que mandaba los ejércitos romanos) por excelencia será el César. Lo que supone la antonomasia *Imperator* en Roma es lo mismo que *Generalísimo* (‘general supremo’, ‘general de generales’ o ‘general por excelencia’), solo que empleando el procedimiento del superlativo en este caso.

Siguiendo con esta imitación de las políticas de Octavio, Mussolini, en el primer aniversario de la marcha sobre Roma destaca lo benévolo que han sido con sus enemigos políticos: “tampoco hemos tocado otra columna, a la que califico de institución representativa: el Parlamento. Ni lo hemos invadido, ni cerrado, a pesar de las invencibles nauseas que nos ha causado en estos últimos tiempos” (vol. III, pág. 247). Mussolini toma la misma estrategia que Augusto. Cuando este llega al poder instauro un principado en el que sigue habiendo un Senado y dos cónsules como en la República romana, solo que uno de esos cónsules, durante muchos años, será siempre Octavio y el otro un mero títere que hace lo que él dice. Por su parte, da al Senado una serie de poderes que le permitan creer que sigue manteniéndose una República cuando en realidad lo que ha conseguido es crear una ficción republicana dentro de un Estado ya monárquico con Augusto como único mandatario<sup>34</sup>. Con estas palabras, Mussolini muestra unas ideas semejantes a las del *princeps* romano. No cierra el Parlamento para mantener una ficción democrática. Todos saben que el poder ahora reside en *il Duce*, pero como la cámara representativa sigue abierta, parece que aún continúa viva la democracia liberal-burguesa que el régimen fascista realmente había derrocado en la marcha sobre Roma. De este modo, la marcha sobre Roma sería para Mussolini lo mismo que para Augusto fue la victoria sobre Marco Antonio en Accio.

Se observa, en fin, la obsesión del *Duce* por la figura de Augusto en el empeño por él puesto en llevar adelante el plan arqueológico para recuperar y aislar el mausoleo de Augusto, situado en el antiguo Campo de Marte, un monumento bien visible en la actual Roma (junto a la misma *Ara Pacis* augústea) y aún cerrado a cal y canto, pues todavía no se ha terminado de recuperar (Nelis, 2007: 406; Notaro, 2000: 16).

En febrero de 1920, Mussolini critica en un artículo del *Popolo d'Italia* que se llame “imperialismo” a lo que pretenden hacer los fascistas cuando se permite la ocupación por parte de la Bohemia, Rumanía o Francia, entre otras naciones, de territorios en los que viven ciudadanos de otras nacionalidades. Mussolini tiene como objetivo restituir los territorios que le pertenecen a Italia “geográfica e históricamente” (vol. II, pág. 61). Esos territorios a los que apunta en esos momentos son la Dalmacia y los Alpes Julianos. Tanto es así que años más tarde, cuando Mussolini inicie su política imperialista, una de los países que invadirá y anexionará durante un tiempo a Italia será Albania, país que pertenece a la región de la Dalmacia. Así, se observa claramente cómo las intenciones expansionistas de Mussolini tendrán como base central la restitución de los antiguos territorios que pertenecían al Imperio romano.

---

<sup>34</sup> La interpretación sobre el régimen de Augusto que aquí seguimos responde evidentemente a las líneas generales de lo propuesto por Ronald Syme (2010) en su *La revolución romana*, hito historiográfico sobre la época augústea en el que, como se sabe, tuvo mucho peso el ejemplo de las entonces muy recientes intentonas “revolucionarias” de los nazis en Alemania y de los fascista en Italia.

## Conclusiones

Tras este detenido análisis de los escritos y discursos firmados por Mussolini desde la entrada de Italia en la Gran Guerra hasta 1933, se pueden sacar en claro varias ideas. En primer lugar, es posible entender la relación de Mussolini con Roma desde dos puntos de vista: por un lado, se puede considerar que *il Duce* toma la antigua Roma como una herramienta, un mecanismo populista, con el fin de llegar de forma fácil y directa a sus seguidores. Apoyándose en la insistente evocación de la época más gloriosa de Italia quiere transmitir a sus compatriotas que llevando a cabo las políticas que él defiende, el país volverá a ocupar el sitio que se merece y que esté al menos a la altura de aquella grandeza. Pero, por otro lado, Mussolini podría haberse visto influido realmente por la Roma antigua. Todas esas promesas, ideas y pensamientos típicamente romanos que él expone a lo largo de estos casi veinte años analizados serían, por tanto, ciertos para *il Duce*. De este modo, Mussolini no diría que quiere imitar el antiguo Imperio romano para ganar fácilmente adeptos, sino que sería una idea que verdaderamente él anhela. Lo más seguro es que ambas ideas sean ciertas, de tal modo que Mussolini tuviera interiorizada la Italia romana como un ejemplo a emular e intentar alcanzar, pero también utilizaría en muchas ocasiones esa Roma idílica para transmitir a sus oyentes ideas que él puede no defender pero que van directas al corazón de los italianos. Esta estrategia no fue exclusiva del régimen fascista italiano sino que también el resto de regímenes totalitarios de extrema derecha que se impusieron en la Europa de la primera mitad del s. XX (y aun después), como la Alemania nazi y la España franquista, utilizaron la antigüedad germánica y la prerromana e hispanorromana, respectivamente, como plataforma sobre la cual defender la ideología que quisieron implantar e implantaron en sus respectivas naciones.

En todos los aspectos analizados se destaca el uso continuo de la antigua Roma ya sea para crear su propia “literatura”, como podemos observar en la influencia de Tácito y César en su “Diario de guerra”; para animar a los compatriotas tras un duro fracaso en la guerra, comparando la peor derrota de los romanos contra los cartagineses con la derrota que sufrieron los italianos en Caporetto y, sobre todo, para defender su ideario político y sus planes para Italia. Idealiza a Roma y a los romanos con la intención última de que los italianos vean en esos tiempos pasados las mismas circunstancias que están sucediendo en el presente. Roma y la raza romana sigue viva en ellos y son los legítimos y únicos descendientes y sucesores de lo que fue el Imperio romano. Tanto es así que deben reunificar ese Imperio a través de la conquista de los territorios que bañan el Mediterráneo para hacer de Italia, de nuevo, la nación que gobierne sobre Europa y el *mare nostrum*.

Mussolini trata de hacerse grande en la historia imitando lo que hicieron los emperadores romanos, destacando Augusto. Su régimen no tiene que envidiar en nada a los tiempos del Imperio ya que ellos también dejarán una huella imborrable en Roma, de tal modo que las futuras generaciones vean en el régimen fascista un modelo a imitar como él ahora hace con Roma. Quiere que su gobierno sea recordado por siglos y entiende que una de las formas de conseguirlo es dejando iconos en Roma que

representen a su Estado fascista. Por ello busca mediante el urbanismo y la arquitectura destacar los grandes edificios de la antigüedad, al mismo tiempo que él levantaba grandes edificaciones que nada tenían que envidiar a los antiguos romanos.

De este modo, durante todos estos años desde que Italia entra en la Gran Guerra hasta 1933, Mussolini trata de poner las bases para la proclamación del gran imperio fascista que supondría el cuarto periodo de la *romanità* italiana y que conseguiría superar la más laureada época de Roma: el Imperio romano. El 5 de mayo de 1936, las tropas italianas ocupan Abisinia, actual Etiopía, y Mussolini declara oficialmente el nacimiento del Imperio italiano. Sin embargo ese nuevo Imperio poco iba a durar. Su deseo de restaurar todos los territorios que tenía el antiguo Imperio hizo que en 1940 enviara desde Albania (país ya conquistado por el régimen fascista) tropas italianas para anexionar Grecia. Esta incursión militar fue un gran fracaso para el ejército italiano que se vio rápidamente expulsado por los soldados griegos. Esto hizo que la Alemania de Hitler acudiera al rescate de su aliado italiano, lo que supuso la pérdida de tropas en el frente ruso. El Eje consiguió finalmente reducir al ejército griego, pero al mismo tiempo las tropas de la URSS empezaron a tomar ventaja contra los alemanes y, tras el duro invierno de 1941 y la batalla de Stalingrado en 1943, los alemanes se vieron obligados a retirarse de territorio soviético y el Eje acabó perdiendo la guerra cuando los nazis se rinden el 7 de mayo de 1945 tras la toma de Berlín por los rusos el 1 de mayo. Así, se puede considerar como una de las primeras causas por las que el Eje perdió la guerra ese deseo imperialista de Mussolini por restaurar, bajo su gobierno, el antiguo Imperio romano. Con el término de la guerra, también concluyó el deseo imperialista italiano.

Por otro lado, con las políticas que realizó *il Duce* respecto a la antigua Roma, se pueden sacar algunos rasgos positivos que benefician a la conservación del espíritu de Roma en Italia. Su gobierno, a través de sus planes reguladores en la ciudad eterna, permitió que hoy en día se conserven muchos edificios de la antigüedad romana en un gran estado y que su importancia en la ciudad sea de una relevancia que quizá de otra manera no hubiera sido posible. Mediante su política de “liberación” de los edificios que entorpecían la visualización de los restos arqueológicos antiguos, estos han podido tener un papel más relevante en Roma. Sin embargo, la obsesión por la antigua Roma de Mussolini y Hitler también ha podido suponer una mala visión de los estudios clásicos, como es el caso de Tácito con el nazismo. Debido al papel que tuvieron en la historia del s. XX, todo lo que a ellos puede concernir tiene un tinte peyorativo y que ellos utilizaran como base de su idea de régimen la antigüedad romana ha podido ser negativo para la percepción de estos estudios en las sociedades que tuvieron que sufrir las políticas de ambos dictadores.

Por tanto, *il Duce* utilizará a Roma en todos los campos de su gobierno fascista. Todo lo que rodea al fascismo italiano tiene una base romana de la que no se puede desprender, ya que es uno de los pilares sobre los que se sustenta su ideario y su acción política.

## BIBLIOGRAFÍA

AMARAL, Samuel, “Augusto y Mussolini: la presencia de la antigua Roma en la Roma fascista” (*Dossier*), Universidad Nacional de Tres de Febrero, Buenos Aires, 2014, pp. 73-87.

ARTOLA, Ricardo, *La primera guerra mundial: de Lieja a Versalles*, Alianza, Madrid, 2014.

CANFORA, Luciano, *Ideologías de los estudios clásicos*, trad. de María del Mar Linares García, Akal, Madrid, 1991.

CAPPELLETTI, A., “Inicios de la Psicología en su ‘orientación cultural’”, *Tesis Psicológica*, 8.1, 2013, pp. 164-172.

CEDERNA, A., *Mussolini urbanista: lo sventramento di Roma negli anni del consenso*, Corte del Fontego, Venecia, 2006.

CONTRERAS VALVERDE, Javier, et alii, *Diccionario de la Religión Romana*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1992.

GENTILE, Emilio, *Fascismo di pietra*, Editori Laterza, Bari, 2007.

GONZÁLEZ VAQUERIZO, Helena, “Nauigare necesse est; uiuere non est necesse: del discurso historiográfico al fado”, *Revista de Estudios Latinos*, 14, 2014, pp. 165-177.

GRIMAL, Pierre, *Diccionario de mitología griega y romana*; Paidós, Barcelona, 2010.

LAMERS, Han y REITZ-JOOSSE, Bettina, *The Codex Fori Mussolini: a Latin text of Italian fascism*, Bloomsbury Academic, Londres, 2016.

LOZANO VÁSQUEZ, Andrea, “Estoicismo”, en *Philosophica: Enciclopedia filosófica on line* (ed. FERNÁNDEZ LABASTIDA, Francisco y MERCADO, Juan Andrés) <http://www.philosophica.info/archivo/2011/voces/estoicismo/Estoicismo.html> [consultado el 04/07/2017].

MIRA GUARDIOLA, Miguel A., *Cartago contra Roma: las guerras púnicas*, Alderabán, Madrid, 2000.

MUÑIZ COELLO, J., “Empleados y subalternos de la administración romana III: los lictores”, *Studia Historica. Historia Antigua*, 7, 1989, pp. 133-152.

MUSSOLINI, Benito, *Escritos y discursos. I, Desde la campaña pro guerra hasta el fascismo: (15 noviembre 1914-23 marzo 1919)*, trad. de Enrique Massaguer y Francisco Hostench, Barcelona, Bosch, 1935.



MUSSOLINI, Benito, *Escritos y discursos. II, La revolución fascista (23 de marzo de 1919-28 de octubre 1922)*, trad. de Enrique Massaguer y Francisco Hostench, Barcelona, Bosch, 1935.

MUSSOLINI, Benito; *Escritos y discursos. III, Los comienzos de la nueva política (28 de octubre-31 de diciembre 1923)*, trad. de Enrique Massaguer y Francisco Hostench, Barcelona, Bosch, 1935..

MUSSOLINI, Benito; *Escritos y discursos. IV. El año 1924*, trad. de Enrique Massaguer y Francisco Hostench, Barcelona, Bosch, 1935.

MUSSOLINI, Benito; *Escritos y discursos. V. Escritos y discursos desde el 1925 al 1926*, trad. de Enrique Massaguer y Francisco Hostench, Barcelona, Bosch, 1935.

MUSSOLINI, Benito; *Escritos y discursos. VI. Escritos y discursos desde el 1927 al 1928*, trad. de Enrique Massaguer y Francisco Hostench, Barcelona, Bosch, 1935.

MUSSOLINI, Benito; *Escritos y discursos. VII. Escritos y discursos desde el 1929 al 1931*, trad. de Enrique Massaguer y Francisco Hostench, Barcelona, Bosch, 1935.

MUSSOLINI, Benito; *Escritos y Discursos. VIII. Escritos y Discursos desde el 1932 al 1933*, trad. de Enrique Massaguer y Francisco Hostench, Barcelona, Bosch, 1935.

NELIS, Jan, “Constructing Fascist Identity: Benito Mussolini and the Myth of ‘Romanità’”, *The Classical World*, 100.4, 2007, pp. 391-415.

NOTARO, Anna, “Exhibiting the New Mussolinian City: Memories of Empire in the World Exhibition of Rome (EUR)”, *GeoJournal*, 51.1-2, 2000, pp. 15-22.

PENNACCHI, Antonio, *Fascio e martello: viggio per le città del Duce*, Laterza, Bari, 2008.

SANTOS YANGUAS, Narciso, “El culto a Mitra en Asturias en el marco de los cultos orientales en la Península Ibérica”, *Tiempo y sociedad*, 10, 2013, pp. 19-78.

SYME, Ronald, *La revolución romana*, Crítica, Barcelona, 2010 [1ª ed. 1939].

VALLEJO, Gustavo, “Roma: capital de un Imperio bajo el signo de la biología política (1936-1942)”, *Dynamis*, 32.1, 2012, pp. 115-140.

VISSER, Romke, “Fascist Doctrine and the Cult of Romanità”, *Journal of Contemporary History*, 27.1, 1992, pp. 5-22.